



REVISTA EUROPEA.

Núm. 182

19 DE AGOSTO DE 1877.

Año IV.

LA POESÍA HORACIANA EN PORTUGAL.

(Conclusion.)

Al espirar el siglo XVIII aparecieron en Portugal dos ingenios de condiciones y estudios diferentes, los cuales por opuestos caminos dieron la ley á la generacion literaria que precedió al romanticismo. Eran en muchas cosas la antítesis viva el uno del otro, aunque en lo esencial de la teoría literaria no difiriesen mucho. Fácilmente se comprenderá que aludo á Bocage y á Filiuto.

Manuel María Barbosa de Bocage, entre los Arcades *Elmano Sadino*, era un improvisador estupendo, como sólo Italia los ha producido. Esa fué su gran cualidad y su defecto. Bocage improvisaba siempre, y sus mejores trozos llevan el sello de ejecucion fácil y abandonada. Tenía altas dotes artísticas, viveza de fantasía, sensibilidad vehemente, aunque no profunda, y sobre todo un dominio absoluto del metro y de la rima. De la pureza de la lengua se cuidaba poco; no era filólogo, ni mucho ménos; solía incurrir en galicismos, y apenas conocía más habla portuguesa que la usual y corriente en su tiempo, no la de Fr. Luis de Sousa, Vieira ni Bernardes. Su educacion habia sido descuidada, su vida fué el desarreglo moral personificado, y estas circunstancias influyeron no poco en el resultado de sus obras.

Sabía mal el latin, y si acertó (no siempre) en sus admirables fragmentos de las *Metamorfosis*, debiólo á su grande intuicion que le hacia adivinar lo que ignoraba, y á la ayuda de otras versiones. Sus poesías más geniales y perfectas son las cortas, las fugitivas, las trazadas en momentos de inspiracion. Tenía muy pocas ideas, y esas vulgares ó tomadas de libros franceses, que son los que parece haber leído con más gusto. Delille, Parny y algun otro contribuyeron á torcer más que á educar su númen, haciéndole afeminado y débil, cuando en otros tiempos hubiera sido bravío é indómito. Descolló en los sonetos: nadie los ha hecho mejor en Portugal. Algunos son modelos por la forma, ya que no por la sentencia. Si á esto agregamos el idilio de *Triton*, las cantatas de *Inés de Castro*, *Medea* y *Hero* y *Leandro*, el ternísimo cuadro de *A Sandade Materna*, varias traducciones y algunas poesías fugitivas, tendremos recogidas las verdaderas joyas de la corona de Bocage. Todas podrian entrar en un

tomo de reducidas dimensiones. Sepultadas hoy en los siete volúmenes abultados de sus obras no lucen como debieran.

Fué poco clásico Bocage: aun en los asuntos de la antigüedad escribe como poeta moderno. Hizo, sin embargo, algunas odas horacianas de dudoso mérito, exceptuando quizá la dedicada *A la fortuna*, que tiene bellas estrofas, de apacible melancolía, aunque descuidadas en el estilo. Hizo sátiras no pertenecientes al género que voy estudiando. Una de ellas, la más célebre, va dirigida contra el P. Macedo, y es modelo de invectiva *yámbica*, tan enérgica y robusta como feroz y apasionada. Arquíloco la hubiera adoptado por suya. Si José Agustín no se aborrecó despues de leerla, como Licambo cuando oyó los versos de su enemigo, por lo ménos conservó odio á Bocage más allá del sepulcro, y jamás le perdonó aquella espantosa diatriba, no indigna

Do latido feroz do cao de Apullia.

Hizo finalmente Bocage bellas epístolas. No cuento en este número la impia y volteriana que principia,

Pavorosa illusao da eternidade...

pues tengo para mí que le ha sido atribuida con error, aunque el estudio parezca suyo. Pero es cierto que sus alardes de incredulidad y de cinismo valieron á Bocage algunos meses de prision en tiempo de doña María I. Entónces escribió nuestro poeta, implorando clemencia, excelentes cartas á los marqueses de Pombal, de Ponte, de Lima y de Abrantes. La expresion es en ellas más noble y resignada de lo que pudiera esperarse, conocido el carácter ligero y poco digno de Bocage.

Francisco Manuel do Nascimento, más conocido entre sus paisanos por el nombre poético (no arcádico) de *Filiuto Elysis*, parecióse á Bocage en el *enciclopedismo* de las ideas, y en la persecucion con que fueron castigadas. Era eclesiástico, aunque malo, y pasó emigrado en Francia la mayor parte de su larga vida. Como ingenio de todo en todo horaciano, merece señalado lugar en esta galería. Hizo estudio especial del lenguaje, purgándole de innecesarios galicismos y persiguiendo sin reposo con el látigo de la sátira á los innovadores. Dicen, no obstante, los modernos puristas portugueses que la decantada perfeccion gramatical de Filiuto tenía más de *negativa* que de otra cosa, apareciendo

muchas veces con trazas de afectada. Su elocucion es pura y tersa, pero no rica ni abundante. Como versificador es muy mediano; jamás dominó la rima, y en el metro libre que casi siempre usa decae con frecuencia, y al lado de versos sonoros y rotundos coloca otros lánguidos, duros, arrastrados y hasta *de gaita gallega*. Al revés de Bocage, Francisco Manuel era eximio latinista, aunque no llegó á saber griego, ó por lo ménos no lo manifiesta. Tenía además larga noticia de los poetas franceses é italianos. Dejó muchas traducciones, que han sido diversamente juzgadas, aunque en definitiva enriquecieron la lengua, con adolecer de defectos capitales.

La poesía lírica fué el género predilecto de Filiuto. Garrett, en los arrebatos de su juvenil entusiasmo, llegó á afirmar que *ninguna lengua excedía á la portuguesa en las odas de Francisco Manuel*, y que estas eran superiores á las de Pindaro y Horacio. Estos exagerados encomios, que el poeta no necesita, comprometen más que acrecientan su fama. Si no hubieran salido de tan doctos labios, diría que en ese juicio tuvo tanta parte la pasión como la ignorancia. ¿Qué semejanza puede haber entre un poeta de escuela como Filinto y los dos genios líricos de Grecia y Roma? Yo aprecio y aún admiro á Francisco Manuel, y gusto mucho de sus poesías, pero no dejo de conocer que son versos académicos y que les falta el *quid divinum*, aparte de que la ejecución no es siempre tan esmerada como pudiera desearse.

El estro lírico de Francisco Manuel no era grande; vivía al calor de ideas y sentimientos ajenos. En punto á formas, siguió por lo comun las huellas de Garção, algunas veces las de Diniz. ¡Lástima que hiciese tantas odas! Ni son todas iguales, ni las más acabadas están libres de monotonía y de repeticiones. Garção tenía más sobriedad que él y entendió mejor la pureza clásica. En cambio, Filiuto entró más en su siglo, y puso algo de propia genialidad en sus obras.

La misma tendencia que llevó á Quintana á celebrar *la Imprenta* y *la Vacuna* é inspiró á Monti su canto *Al globo aerostático* de Montgolfier, muéstrase en los versos de Filinto *Aos novos Gamas*, para la cual inspiróse en el *Nil mortalibus arduum est*, sin olvidar aquello de

A progenie arriscada de Japeto.

Garrett la llamó poesía *elegante, sublime, inmensa*. Conformes en lo primero, mas no en lo demás. Exageraciones por ese tenor han dado mala fama á los portugueses. Al cabo, la oda de Filiuto no es más que un conjunto de *frases hechas* diestramente engarzadas. Hasta el pasaje relativo al

Raio asustador, que vago e sólto
Estendía ou que brava
O roixo tri-lho do farpado incendio,
Hoje á Franklin submisso
Pela perita barra...

es reflejo de aquel célebre exámetro de Turgot

Eripuit coelo fulmen, sceptrumque tyrannis.

Tan enamorado estaba Filiuto de este verso, que volvió á traducirle literalmente en su oda *A la libertad*

Philosopho Franklin que arrebataste
Aos Ceos o raio, o sceptro á tyrannia.

Este canto á la independencia de las colonias anglo-americanas es de los más bellos de Filiuto, dejadas aparte ciertas ideas históricas inexactas ó extremadas que en él se exponen. Cabanyes parece haberle tenido á la vista en su *Colombo*, que visiblemente le supera.

Más pindáricas que horacianas quieren ser estas odas, aunque Francisco Manuel nunca vió á Pindaro sino al través de Horacio. Al mismo género pertenecen la oda *Á Alfonso de Alburquerque*, que es brillantísima, y la intitulada *Neptuno a los portugueses*, aunque su idea principal está tomada del *Vaticinio de Nereo*. De esta oda, en verdad enérgica y levantada, dijo Almeida-Garrett que ella sola bastaría para restituir el patriotismo á los nietos de los Gamas y de los Alburquerque, si alguna vez llegase á faltarles.

Triste patriotismo si habia de fundarse en invectivas contra Castilla, semejante á esta:

As garras dos leoes auri-sedentos

As quinas somettidas

O perennal opprobio transpassavan...

¡Perenal opprobio el de las armas castallenas! ¿Cuándo hemos dicho nosotros otro tanto de los portugueses? Pero dejemos estas rencillas *provinciales*. Desde el *Triunfo sacrosanto* de Pinto de Ribeiro (así le llama un escritor demócrata y enemigo de la casa de Braganza) estamos condenados á oír declamaciones de ese jaez. No falta historiador que atribuya á Felipe II *el asesinato de más de dos mil sabios portugueses*. Sin duda los *sabios* abundaban entónces como los hongos. Lo que hicieron muchos *sabios* portugueses fué recibir mercedes del *usurpador* y celebrar su *tiranía* en verso y en prosa.

El entusiasmo nacional palpita en la hermosa oda de Filinto *A D. Juan de Silva el día que recibió el hábito del Cristo*. Críticos extranjeros han tenido grandes elogios para el razonamiento noble y vigo-

roso que Francisco Manuel pone en boca de uno de los antepasados del nuevo caballero:

«Por feitos de valor, duras fadigas
Se ganhaa a fama honrada,
Nao por branduras vis do ocio amigas.
Zonas fria e quemada
Virao do Caneso, a Ursa de Calixto,
Cavalleiros da roixa cruz de Cristo.
En, ja a Fe, e os teus reis, e a patria amada,
Na guerra te ensinei
A defender com a tingida espada:
Co'a morte me affrontei
Pola Fe, polos reis e patria. A vida
Se assim se perde-a vida e ben perdida.
Yá com ésta (e arrancou a espada inteira)
Ao reino vindiquei
A erva que usurpou mao extranjeira:
Fiz ser rei o meu rei,
Com acções de valor, feitos preclaros
Nas linhas d'Elvas e nos Montes Claros.»

Aquí Filinto es verdadero y gran poeta, y agrada encontrar estos acentos de patria y este eco de las antiguas tradiciones en la amanerada y artificiosa poesía del siglo XVIII.

Iguales méritos reúne la oda

Empregada no golpham da vaidade...

imitación en partes del *Inclusam Danaem* y del *Delicta majorum*. El recuerdo de los antiguos triunfos de la patria y de su actual postración y bajeza dicta á Francisco Manuel voces de indignación y llamamientos á la guerra:

Allí e'o braço tincto em sangue mauro
O fidalgo mancebo as verdes palmas
Cortava ousado para ornar na patria
Os trazes nao manchados.
;Oh Lusos! acordae d'esse vil somno...

Alvas estrellas

Brilhem na guerra fervida e robusta
As vencedoras Quinas.

Resgatae-vos da affronta: erguei os brios,
Que vos clama de Arzilla, Ormuz e Diu
O vosso antigo sangue derramado
No campo das victorias.

Sobresále Filiuto en las odas de asunto literario, como en la dedicada *Á los poetas lusitanos*, y sobre todo en *El Estro*, que es una de sus tres ó cuatro obras maestras. Distinguese sobre todo por una audacia y rapidez líricas, desusadas en el poeta.

Son insoportables las infinitas odas en que Francisco Manuel habla de su destierro, execra á sus

opresores, maldice á los sacerdotes y á los consejeros de los reyes, ó esparce máximas revolucionarias y volterianas. Todo el calor poético le abandona entónces. No puede darse cosa más insípida y prosaica que las odas así encabezadas:

Maldicto o Bouzo, e mais maldicto o nayre...

Hoje quatro de Julho, toi o dia...

Apagadas com ciencias, com chimeras...

ó la epístola célebre

En quanto punes pelos sacros foros...

Dejando á un lado estas poesías que sólo tienen un interés histórico, por lo cual he de hacerme cargo de ellas en lugar más oportuno, citaré, en verdad más rápidamente que merecen, las odas *morales* en que con fortuna se ejerció Filiuto, llegando á la altura de Correa Garção, y excediendo á los demás portugueses. La imitación del *Quid dedicatum poscit Apollinem*:

Que cuidas, meu Pilaer, que pede Faos ados

O poeta Philiuto...

los cantos *Á la virtud* y *Á la esperanza*, este último, sobre todo, vivirán cuanto dure la lengua de Camoens. En otros géneros, ¡cuántas riquezas esparció la flexible y elegante pluma de Francisco Manuel! Léanse en especial las eróticas *Á Marcia* y la oda *Á Venus*, demasiado larga, pero de un sabor pagano legítimo en muchos trozos. Téngola traducida, mas no la inserto por no alargar en demasía este trabajo. Baste el principio:

Si ofrecí á tu deidad, piadosa Vénus,

El corazón cautivo en lazos de oro,

Y si amorosas lágrimas sentidas

Derramé en tus altares;

Si fiel esclavo en tu sonoro templo

Entoné sin cesar himnos alados

Entre fragantes vaporosas nubes

De quemados perfumes;

Si en otro tiempo descendiste afable

Con alma risa, halagadora y blanda,

Á consolar con un divino beso

Tus fieles amadores,

Acuérdate del hijo de Ciniras

Por quien las selvas sin cesar corraste...

¡Oh cuántas veces, al vibrar su arco,

Se estremeció tu pecho!

Del Simois hablen los piadosos olmos

Que encorvados sus ramos enlazaban

Para ocultar los fervidos abrazos...

Del bienhadado Anquises...

En el resto de la oda hay bellezas de alta ley, y es lástima que el conjunto, falto de sobriedad lírica, no sea bastante satisfactorio.

No compararé la oda *A la noche con El himno del desgraciado*, de Lista, por más que alguna semejanza tienen. Es más animada y lírica la composición del vate sevillano. Comienza bien la de Filinto, pero se dilata con exceso:

Diosa que esparces por la etérea zona
En mudo carro de ébano bruñido
Las sombras reposadas, los amores
De furtivo decoro...
Tú que las leyes del Amor y Vénus,
Por quien revive sin cesar natura,
Benigna extiendes en los áureos techos,
En los callados bosques,
Y pides á los astros más propicios
Un débil rayo de modesta lumbre
Con que los lirios del intacto seno
Tímida entrever dejas...

Hasta odas *burlescas*, y no poco sazonadas, compuso Filinto, volviendo por los fueros de la lengua portuguesa contra los que él llamaba *francesellos*.

Sobre el mismo tema, que fué su perpétua manía, acrecentada por el destierro, versan algunas, quizá las mejores de sus epístolas. Pésame no poder extenderme acerca de ellas, ni presentar fragmentos, temeroso de hacer interminable esta reseña de las obras *horacianas* de Filinto. Mas sí recomendaré el *Debique*, graciosa invectiva contra los galicistas; la carta que principia

Tu dizes que meus versos sao mordidos...

y sobre todo, la larga epístola *A Brito*, que puede pasar por una excelente *Arte Poética*, aunque no rivalice con la de Horacio á los Pisones, como Almeida-Garrett pretendía. De las doctrinas críticas allí expuestas he de hablar en la *Historia de la Estética en España*. El mérito literario de esas composiciones no hay para qué encarecerle. Son tesoros de gusto, de sales, de felices expresiones y de agudezas.

Francisco Manuel ofrece poca variedad de formas rítmicas. Tiradas de endecasílabos sueltos en las epístolas y en los poemas, estrofas de Francisco de la Torre, y silvas de versos no rimados en las odas (1). Profesaba á la rima tan mala voluntad como Cabanyes, que parece haberle estudiado mucho, y pone versos suyos por epígrafes de dos odas.

(1) Sigo para las citas de Filinto la edición de Paris, 1817 á 19, once volúmenes.

Antonio Riveiro dos Santos fué horaciano como traductor y como poeta, elegantísimo siempre, correcto y acendrado en la versificación y en la lengua. No tenía grande inspiración ni vida propia, pero sí un gusto exquisito y una educación literaria de bonísima ley. Hombre de claro entendimiento y de estupenda lectura, gallardeó, sobre todo en el género puro y templado de las epístolas. Generosos sentimientos, rectitud moral y nobles y cristianas ideas las esmaltan. Tómase cariño al docto bibliotecario recorriendo sus poesías. Nunca asombra ni maravilla, pero agrada siempre. Deben leerse con particular atención las dos epístolas que principian:

Tu dizes que stou so, e vivo triste...
Os prazeres, senhora, sao diversos...

Describe en la una sus lecturas, en la otra su método de vida tranquilo y apacible. Gracias á él, llegó á escribir más de 160 volúmenes entre impresos y manuscritos.

Las odas de Riveiro dos Santos se parecen algo á las de Filinto, pero más á las de Correa Garção y alguna vez á las de Ferreira. Altos y patrióticos asuntos canta siempre la musa de Riveiro. El infante D. Enrique, el heróico Nuño Gonzalves, el alcaide Freitas, Luis de Camoens, son los héroes de sus versos elegantes y limados siempre. Penetró, mejor que Francisco Manuel, la índole de la oda horaciana, que en Riveiro es breve y rápida, con grande estudio de los finales:

Insolito caminho
Per onde fosse descubrir a Syria
Os inmensos thesouros do Oriente;
Per onde nos trouxesse ao Tejo ufano
As perolas brilhantes que adornavam
Do sol os ricos paços,
E os thalamos da Aurora...

Así termina una de sus odas más celebradas. En la *poesía sábia* merece señalado puesto y mayor fama de la que ha obtenido este cultivador modesto é incansable de las buenas letras, gran bibliófilo y filólogo de primera nota.

Intima amistad tuvo con él Fr. José do Coração de Jesus, traductor infeliz de las *Metamorfosis* de Ovidio. Riveiro dos Santos publicó las obras de este Padre, poéticamente llamado *Almeno*, y logró darlas cierta fama entre los literatos de su tiempo, á tal punto, que Costa e Silva llegó á calificar al misionero de Brancannes de *sublime poeta*. Con más seso crítico y templanza limitóse Almeida-Garret á decir que *dos ó tres odas de Almeno eran muy bonitas*, y aún pienso que en el *muy* se excedió, dejándose llevar tal vez de los elogios que en una de

ellas se prodigan á su tío Fr. Alejandro da Sacra Família, obispo de Malaca. Estas odas, aunque medianas, pertenecen al género horaciano.

Al frente de las poetisas lusitanas merece figurar doña Leonor de Almeida, marquesa de Alorna y condesa de Oeynhaussen. En su lugar hemos hecho mérito del *Arte Poética*, traducida por esta ilustre dama. Sus versos originales, desaliñados en la ejecución y no rara vez prosaicos y débiles, agradan siempre por la ternura y nobleza del sentimiento. No era ingenio de alto vuelo el de *Alcippe*, ni había la mayor seguridad en su gusto. Hizo odas y epístolas horacianas á imitación de las de Filinto, siguiendo más la letra de Horacio que su espíritu. Muchas de ellas son trasmutaciones de otras piezas del Venusino, aplicándolas á asuntos medernos. En otra parte quedan enumeradas. El estilo de la marquesa de Alorna, como el de casi todas las poetisas, adolece de vaguedad, desleimiento y falta de nervio. Su excelente educación clásica no la preservó de estas faltas. Aun así, sus mejores poesías son las de carácter personal é íntimo, las no dictadas por modelos extraños, v. gr., las que compuso en su juventud en el convento de Chellas. Hay en el estro lírico de la mujer algo que no se aviene con la poesía académica y de escuela. Las hembras doctas, saturadas de latin y de griego, no han solido ser poetisas (con alguna excepción, la de Luisa Sigea, por ejemplo), ó lo han sido medianas: las poetisas no han sido en general mujeres doctas, ó se han olvidado de que lo eran, al escribir. Santa Teresa quizá en humanos *saberes* hubiera pasado por ignorante, lo cual no fué obstáculo para que en profundidad de conceptos excediera á los más encumbrados filósofos, y en punto á escribir lo hiciera con las plumas de los ángeles.

Leonor de Almeida admiraba mucho á Filinto y le dirigió una linda carta en verso suelto. Al insertarla Francisco Manuel en sus obras, anuncióla como producción *d'uma fidalga em quem os dotes do ânimo superam a antiquissima e bem-illustrada nobreza. A belleza e a altivez de seus versos a farao distinguir de quantas, e ainda de quantos correm a mesma vereda*. Tambien Bocage ensalzó

A cantora immortal, densa dá lyra,
Que exprime em aureos sons, em metro augusto
O que he digno de Jove ou digno d'elle,
A cantora immortal de Syria, esmalte...

Unase el mio, aunque con algunas restricciones, á este concierto de alabanzas. La marquesa de Alorna es una de las tres ó cuatro escritoras, relativamente de primer orden, que en lo que va de siglo ha dado la Península Ibérica. No está á la altura de Fernan Caballero ni de la Avellaneda, pero ex-

cede quizá á todas las restantes. Contribuyen á realizar la hermosa figura de *Alcippe* su adhesión constante á las antiguas tradiciones, y aquella serie de infortunios sobrellevados con heroica firmeza y endulzados con los solaces de las letras. Retrátase bien su grande alma en el soneto con que encabezó la traducción de *Horacio*, impresa en Londres durante su destierro:

Co'a mao affeita ao fuzo, nao a espada

A patria sirvo como sei ou posso;

Felix! se aos mortos o que fasso agrada.

Poco diré de otros poetas horacianos de segundo orden. El general Stockler, matemático afamado, unió á este lauro el de elegante poeta, como Anastasio da Cunha, Lista, y algun otro rarísimo cultivador de la ciencia de Euclides. Stockler era sobrino de Correa Garçao y siguió en parte su escuela. Son horacianas la mayor parte de sus odas, correctas pero no muy inspiradas. Entre todas se distingue, á pesar de lo prosaico del título, la que versa sobre *el amor considerado como principio y base del orden social*. Ribeiro dos Sanctos elogió á Stockler en lindas estrofas:

Ou tu pretendas nos olympios campos

Traspondo a meta na correira ousada

Correr parellas com o Eolio vate

Em lyricas fadigas;

Ou ja folgues i'o a cythara suave,

Qual o Teio cantor, brandos prazeres

Da natura, e de amor louvar, e as graças

Da candida Dione...

Teu estro e mais sublime (1), a voz mais doce,

O sorriso de Venus e mais grato;

Amor e mais pudico; sao mais lindas,

Mais meigas as tres Graças.

Tambien cultivó la oda horaciana el enciclopédico é irritable P. José Agostin de Macedo. Pocas veces se distinguió por el estro lírico. Sus mejores trozos están en los poemas didácticos, especialmente en la *Meditacion*. Las odas no han sido coleccionadas nunca, aunque pudiera formarse con ellas razonable volumen. Son algo *filintistas*, á pesar de las pretensiones de originalidad absoluta que tuvo siempre el P. Macedo. Nadie las lee ni cita hoy en Portugal, pero merecen algun recuerdo las dedicadas *A Pompeyo*, *A Belisario*, *A la paz* y *A las ventajas de la pobreza*, todas por trozos y versos aislados, ninguna por el conjunto. Aféalas, entre otros capitales defectos, insufrible pedante-

(1) Que el de los poetas argólicos, á quienes viene refiriéndose.

ría en frases y alusiones. Una sola vez estuvo inspirado José Agustín: en el *Epicedio de Bocage* (1).

Entre los discípulos de Francisco Manuel, merecen citarse Bento L. Vianna, de quien he leído cuatro odas, todas de escaso número; J. B. de Andrada, de quien conozco otras dos, *A la poesía* y *A la amistad*, bastante mejores, si bien no de primero ni aun de segundo orden, y el traductor de Tácito, J. T. Canuto de Forjón, elogiado por Riveiro dos Sanctos, aunque á juzgar por la única composición suya que he visto, prosaico é indigesto. Hago mención de estos tres, porque sus poesías se insertaron, con harta indulgencia, en el *Parnaso Lusitano*, bien contra la voluntad de Almeida-Garrett. En la misma colección pueden verse dos odas medianas *A la noche* y *A la virtud*, del brasileño Borges de Barros, á quien encomia Ferdinand Denis, y una muy retumbante y *bocagiana*, de Evangelista Moraes Sarmiento, quien, según Garrett, *merecía el favor del público* (no con mucha razón, á juzgar por la muestra). Entre los autores de epístolas, además de los citados, entran Belchior Manuel de Curvo Semedo y Pascual José de Mello.

Pudiéramos prolongar indefinidamente este catálogo, aunque sin utilidad alguna. Hubo época en que todo estudiante de Coimbra, todo aprendiz de poeta, comenzaba haciendo odas en verso suelto, generalmente malas, á imitación de las de *Filiuto*. Las librerías portuguesas están llenas de volúmenes de versos olvidados, que pueden considerarse *horacianos* de cuarta, quinta ó sexta mano. Fué aquel un delirio *filiiutista* contrabalancado solo por el delirio *elmanista* ó de los discípulos de Bocage. Resultó de aquí una monotonía insufrible, una verdadera plaga que duró hasta la aparición del *romanticismo*. Nada adelantariamos con exhumar los nombres de las tristes medianías del período anterior al florecimiento de Almeida-Garrett. Solo Manuel Mathias Vieira y Nuño Alvarez Pereira Pato Moniz merecen nombrarse. El segundo era más *bocagiano* que *filiiutista*. Lástima que la mayor parte de sus versos sean de circunstancias políticas. Tenía erudición é ingenio.

Apareció al cabo Garrett para trocar el aspecto de la poesía lusitana. *Doña Branca*, *Camoës* y *Adozinda* primero, *Un auto de Gil Vicente*, *Fr. Luiz da Sousa* y el *Alfageme de Santarem* después, fueron las obras maestras de la nueva escuela. El teatro y la leyenda nacieron entonces, puede decirse, en

Portugal: recobró su literatura el carácter nacional que tenía perdido, y correspondió dignamente al movimiento que en Castilla proseguían con ardor creciente y desusada gloria el duque de Rivas y sus discípulos.

Almeida-Garrett había empezado por ser *filiiutista* acérrimo y entusiasta. Quiso hacer pasar su *Doña Branca* por obra inédita del maestro, aunque á nadie engañó el fraude, porque nunca había escrito ni versificado *Filiuto* de aquella manera, ni cavaba tan hondo en el espíritu de la poesía moderna. Las primeras composiciones líricas de Garrett, coleccionadas en la *Lyrical de Joao Minimo* y en *Floressem fructo* (que contiene ya otras de época y gusto posterior) están calcadas, aunque con libertad y brío, en las obras de Francisco Manuel (por Lamartine apellidado *el divino*). Son más nutridos y pintorescos los versos de Garrett, pero se alejan de la severidad clásica, sin entrar tampoco en el molde romántico. El poeta se encuentra atado por las trabas que voluntariamente se impone, y raya sólo á mediana altura. Su verdadero lirismo está en *Folhas caídas*, versos de carácter indiscretamente *autobiográfico*, según es pública voz y fama.

Aun después del advenimiento de la escuela de Garrett, vieron la luz pública algunos tomos de poesías *filiiutistas* y *bocagianas*. Entre estos poetas rezagados, recuerdo al coronel Francisco Evaristo Leoni, erótico con exceso en sus odas, y al distinguido bibliógrafo José María da Costa e Silva, autor de una muy voluminosa colección lírica en que abundan las composiciones horacianas, sin que pase ninguna de la medianía.

Los nuevos rumbos señalados á la poesía portuguesa por Almeida-Garrett, Herculano, Soares de Passos, Gonsalves Dias, y por el mismo Castilho, en algunas cosas revolucionario aunque anti-romántico y adorador de la antigüedad, han extinguido casi las tradiciones de la antigua lírica. El traductor de *Los Fastos* era ingenio de temple *ovidiano*, tenía la facilidad y gracia descriptiva de Nason, no la rapidez de Horacio. Pero, á decir verdad, la que más me agrada de todas las producciones de Castilho es *La Sacra de Nazareth*, leyenda religiosa y de carácter nacional.

Tal ha sido el desarrollo de la poesía horaciana en España.

ULTÍLOGO.

Cansado llego al término de esta tarea, árida y enfadosa para autor y lectores, como todas las que se refieren á una sola cuestión mirada por un solo aspecto. Y aun fuera este tolerable daño; pero ya estoy viendo á alguno de esos hipercríticos germanescos, que asientan su trono en revistas y papeles

(1) No dejaré de advertir de pasada que no eran el talento ni la erudición de Macedo tan grandes como supone el Sr. Romero Ortiz en su erudito libro de *Literatura portuguesa*. Una de las obras más celebradas del ex-fraile, el *Mottim literario* es un insolentísimo plagio de la *República literaria* de Saavedra Fajardo y de otras obras corrientes y comunes.

periódicos, fruncir el ceño y preguntar en desdeñoso tono: ¿Para qué sirve eso? ¿Cuál es la *finalidad*, el *objetivo* de todo ese fárrago? ¿A qué conduce esa retahíla de traductores y comentaristas, ese indigesto catálogo de odas, epístolas, sátiras y fragmentos más ó menos horacianos? ¿Cómo tolerar en los áureos tiempos de la ciencia moderna libracos de ese jaez? ¿Cuándo se acabará la raza de los *eruditos insipientes y atrabiliarios, almacenistas de hechos y de nombres, cazadores de noticias raras y enemigos implacables de la civilización y de la luz?* (1) ¿Cuánto más vale un estudio sobre el *concepto de la poesía lírica* que todas esas estériles lucubraciones!

Todo esto y mucho más dirán los tales *hipercríticos*, si por maravilla pasan los ojos por este *pasatiempo bibliográfico*. Pero yo, deseoso de curarme en salud, y temiendo que algún lector se llame también á engaño, porque le doy un libro sin *finalidad* y sin *objetivo*, diréles á lectores y á críticos que no una sino dos ó tres *finalidades* y *objetivos* me he propuesto en él, como en los párrafos que siguen más largamente se contiene. Ahora pondrán de nuevo los sabios el grito en el cielo, alegando que en este libro hay *dualismo* ó *tritheísmo*, pecado espantoso y contrario á la *unidad armónica de la ciencia*, en que ellos *comulgan*. Pero tengan calma; que este librito no es comedia, y puede, por lo tanto, tener *dualismo* y *tetralismo*, y todos los acabados en *ismo*, sin miedo de incurrir en la indignación de los señores. Fuera de que yo soy más *armonista* que ellos, aunque á mi modo, y puedo reducir todos esos fines á uno solo y muy claro, porque gusto, como los lulianos, de que *la unidad venza y triunfe y ponga su silla sobre todo*.

En el estudio que acaba de leerse, me propuse:

1.º Dar materiales al primer erudito que emprenda la formación de una *bibliografía general horaciana*. Hay muy curiosos ensayos de alemanes, holandeses y franceses sobre este punto, pero todos incompletísimos, especialmente en la parte española, que han mirado con singular descuido, culpa en gran parte de nuestro abandono é indiferencia. A los sabios y críticos á quienes aludo debe interesarles muy poco todo esto; pero tengan por averiguado que los extranjeros forman muchas veces apreciaciones inexactas de nuestro valer intelectual, por falta de datos. Vulgaricemos nosotros la erudición española en monografías especiales sobre cada punto, y llevemos nuestra parte, grande ó chica, al acervo de la bibliografía universal, *ciencia europea* y no añeja sino cultivada hoy más que nunca. Un libro de erudición, aun incompleto y mal hecho, es siempre más útil que los *preliminares* y

los *conceptos* y las *síntesis*, sartas empalagosas de lugares comunes, humo y polvo que el viento se lleva. Sin noticias no se juzga ni se generaliza, como no sea á tientas y dando por las paredes. Así oímos cada día tanto desatino en boca de filósofos, oradores y maestros, cuanto tratan algo que más ó menos se relacione con las ciencias históricas y de investigación. La historia no se improvisa *en propia conciencia*.

2.º Describir una fase de los estudios humanísticos en nuestro suelo, y hacer la historia de una parte de nuestra poesía lírica. Esta historia podrá ser más ó menos nueva, más ó menos útil, pero siempre da margen á consecuencias provechosas, que apuntaré luego. Los sabios dirán que he usado de una crítica pobre, rastrera y mezquina, digna de los tiempos de La Horpe ó de Hermosilla. Contestaréles que en un *pasatiempo bibliográfico* lo más oportuno; para amenizarle un tanto, no es remontarse á altas teorías estéticas y hablar mucho de lo *subjetivo* y de lo *objetivo*, de lo *real* y de lo *ideal*, en discordante y hórrida algarabía, sino expresar con lisura y sin rodeos el placer ó el disgusto que la obra poética causa en un aficionado á las letras humanas. Fuera de que la crítica, por huir de un escollo, ha venido á caer en otro peor, y si antes pecaba de exclusiva y formularia y veía poco, al ménos marchaba siempre con piés de plomo y en tierra segura, al paso que hoy, por aquello de *Aquila non caepit muscas*, desdeña el ocuparse de *ciertas cosas que son todo*, y va haciendo perder á sus adeptos el sentido estético, y hasta el comun, que es peor. Unos han dado en considerar las obras artísticas como mero producto de una civilización y *reflejo* ó *espejo* de un estado social, y en vez de preguntar: *¿Esto es bello? ¿Lo es en el conjunto? ¿Lo es en los pormenores? ¿En qué estriba su mérito? ¿Cuáles eran las condiciones geniales del autor? ¿Cómo se fué perfeccionando y desarrollando su ingenio?* preguntan con énfasis: *¿Este poeta es el órgano de su nación? ¿Refleja bien el estado moral de su época?* Y si les parece que no, le dejan á un lado, aunque sus cantos sean perfectísimos y abunden en ellos las bellezas como en Castilla los trigos. Y si les parece que sí, convierten al autor en una especie de máquina movida por influencias de acá é influencias de allá, influencias del clima, de la raza, de la lengua, del suelo, de las aguas, de los aires, de los alimentos... de todo cuanto Dios crió, menos del ingenio del pobre artista, cuya personalidad desaparece y es absorbida en ese Océano de ideas, ó anda como el alma de Garibay, esperando turno para bajar á los infiernos ó subir al cielo. Y esperará inútilmente, pues no la han de querer en ningún paraje, dado que el crítico se guardará muy bien de decirnos si el autor es bueno ó es malo, y por qué; cuestiones

(1) *Revista contemporánea*, de Noviembre de 1876.

ndiferentes al lado de las *influencias*, *órganos*, *espejos* y *reflejos*, sin tener en cuenta que se puede ser excelentísimo poeta sin ser *reflejo* ni *espejo* de nada, como no sea de la propia fantasía y del propio sentimiento, más ó menos modificados por una educación más ó menos literaria. Pero al lado de los extravíos de la escuela *histórica* y *trascendentalista* surgen las manías *estéticas*, mil veces más censurables, pues, al cabo siempre enseña algo sobre el escritor y la época el estudio de las *influencias*. ¿Pero qué ha de enseñar cierta casta de *estética* sino á perder y estragar el gusto con ridiculas pedanterías y á discutir eternamente sobre cosas que no se conocen ó se conocen mal? ¿Qué han de decir de *la belleza* unos hombres que comienzan por destrozar el estilo y la lengua en sus discursos pesados, impertinentes y empalagosos, en vez de escribir sobre tan altas materias con la artística perfección platónica ó con la de Leon Hebreo, Castiglione y nuestros místicos? ¿Cómo he de creer yo que la Venus Urania ha aparecido sin cendales ante esos *sabedores* de *estética*, llenos de Hegel, de Vischer y de Carrière, que en vez de preguntar, como el sentido común y los antiguos, *¿esto es bello? ¿por qué?*, proponen y no resuelven jamás problemas de esta guisa: *¿esto es idealista ó realista?* ¿están armonizados lo *subjetivo* y lo *objetivo* bajo un principio superior? *¿la idea ha llegado á encarnarse en la forma pura desde el primer momento de la inspiración?* ¿cuántas *finalidades* podemos distinguir en esta obra? ¿cuál es su *sentido esotérico*? ¡Y luego nos reímos de D. Hermógenes cuando defendía *El Gran Cerco de Viena*, por haber en aquella obra famosísima *prótesis*, *epítasis*, *catástasis*, *catástrofe*, *peripecia* y *anagnósis*! Y sin embargo era mala, como puede ser malísima, detestable, una obra *muy idealista* ó *muy realista* en que se armonicen lo *subjetivo* y lo *objetivo*, y se compenetren la *idea* y la *forma*, y haya gran lujo de *finalidad* y de *sentido esotérico*. Desengañémonos: el que á su modo no siente y percibe la belleza, no nació para comprenderla. Por algo dijo Dante:

E chi mi vede e non se inamora
D'amor non averá mai intelletto.

Todos los tratados de *estética* que aborten las prensas alemanas no darán *gusto* al que no nació con él y no le ha nutrido y fortificado con aquella sana y vigorosa educación de los humanistas del Renacimiento. Más enseña una página de los antiguos que cien volúmenes modernos.

3.ª A copiar algunas noticias para uso del primero que á conciencia quiera tratar el punto de *cómo ha sido y debe ser la poesía lírica en España?* Parece que esta materia anda á la moda en ciertos

círculos, y que la *santa eficacia de la discusión* (cuya santidad negamos muchos) ha dado lugar á bastantes aberraciones y salidas de tono. Lo que yo pienso sobre el particular claramente se deduce de muchas páginas de este opúsculo. Para mí, la primera forma lírica es la *horaciana*; nuestro gran modelo debe ser Fr. Luis de Leon. Léjos de pensar que la poesía lírica de nuestro siglo es superior á la de todos, y que *se ha desarrollado con la libertad moderna*, y otras cosas por el mismo estilo, téngola por inferior á la lírica de la antigüedad y á la del Renacimiento, y juzgo patriótico y antiestético ese contubernio de la revolución con el arte. Precisamente la musa lírica, por su carácter íntimo y personal, es la que ménos debe ajar su manto con el lodo de calles y plazas.

¿Cuál debe ser el rumbo de nuestra lírica, si ha de conservarse fiel á sus gloriosas tradiciones? No dudo en responder que el *horaciano*. ¡Nada de imitaciones ni de renacimientos! oigo decir á los críticos, escandalizados de ese espantoso retroceso. *Hay que vivir de la vida de su siglo; la humanidad adelanta siempre*. Calma, señores: en cuanto á esa famosa ley del progreso, habría mucho que hablar, y por de pronto en el arte rotundamente la niego. Homero, la escultura griega, la pintura italiana del Renacimiento, Cervantes, Shakespeare, aún aguardan y han de aguardar mucho, á lo que parece, no rivales, sino dignos sucesores. Está visto que ni la pintura, ni la escultura, ni la épica, ni la novela, ni el teatro adelantan un paso, sino que van de caída en caída. Lo que adelanta siempre son las ciencias de observación y las artes mecánicas. Pues si en ningún género artístico vemos progreso, ¿por qué ha de haberle en la lírica? ¿Qué tienen que ver las fábricas de algodón, ni las *libertades* parlamentarias, ni los motines, ni la milicia nacional, ni los ferro-carriles, ni los telégrafos, con la casta y recogida Diosa de los himnos? Todo ese estrépito, léjos de agradarla, la ahuyenta. Así, pues, tengo para mí que (dejada aparte la incomparable poesía de los sagrados libros) el *summum* de la perfección artística en punto á lirismo es Horacio.

Pero entiéndase que no pretendo que nos vistamos de nuevo la toga y nos transformemos, siquiera momentáneamente, en paganos, ni que sigamos en todo las huellas del Venusino, lo cual en parte fuera incongruente y en parte digno de censura. ¡Y libreme Dios de recomendar esa falsa y ridícula imitación de ciertas épocas en que, con fárrago mitológico traído fuera de tiempo y con ciertas formas convenidas y de ritual, que malamente se llamaban *clásicas*, solía tratarse todo asunto, aun de los modernos. No es eso.

La restauración horaciana que deseo es la de *la forma* en el más amplio sentido de la palabra. Re-

nazca aquella sobriedad maravillosa, aquella rapidez de idea y concision de frase, aquella tersura y nitidez en los accidentes, aquella calma y serenidad soberanas en el espíritu del artista. Esto pido, esto deseo. No quiero poetas estóicos y de una sola cuerda. Gusto de ingenios flexibles y que sepan recorrer todos los tonos y encantar en todos. Esto hizo Horacio, y despues lo han conseguido muy pocos.

El Renacimiento heredó su lira y la añadió nuevas cuerdas. Fr. Luis de Leon, inferior á Horacio en lo *moral* y en lo *herdico*, voló más alto que él con las alas del *misticismo*, y firmó el pacto de alianza entre la forma antigua y el espíritu nuevo. Sólo á condicion de cumplir ese pacto han sido y serán grandes los líricos modernos. Goethe quiso enlazar el *Fausto* germánico con la *Helena* griega. ¡Consortio imposible! En el brillante cielo del Mediodía nunca dominarán las nieblas del Septentrion. Para nosotros, los pueblos latinos, la vida debe estar en el espíritu cristiano y en la forma clásica depurada. Sangre romana, no bárbara, es la que corre por nuestras venas.

Pero se dirá: *acudamos á nuestra poesia lírica nacional y restaurémosla*. Si por lírica nacional se entiende, como debe entenderse, lo mismo la de los eruditos que la del pueblo, la lírica nacional es la *horaciana*, ó si se quiere la *leontina*. Si se entiende sólo la *popular*, no existe ó no vale la pena de restaurarse, y aún oso afirmar que ningun pueblo la tiene.

El genio popular no es *lírico*, es *épico*, es *impersonal* por excelencia; no canta, refiere. Épica es la admirable poesia de nuestros *romanceros*. Tiene tambien su lirismo el pueblo, pero ó rudimentario ó aprendido. Cese en nuestros vates esa manía de las coplas, de los cantares y de las seguidillas. Si son populares, no son buenos; si son buenos, no son populares. Y en todo caso, vale más imitar á Horacio que al ciego de la esquina.

¿Y por qué á Horacio? se me dirá. ¿Por qué no á otros modelos? Veamos. ¿Á David y á los Profetas? Enhorabuena: no hay poesia como aquella, pero *sancta sanctè sunt tractanda*, y seria el colmo de la profanacion y del sacrilegio aplicar á todo las formas bíblicas, y hablar de amores, por ejemplo, en el estilo del *Cantar de los Cantares*.

Además, fuera de los asuntos religiosos y de algun otro muy raro, como los elegidos por Herrera y Filicaja, el tono del lirismo hebreo no se acomodá bien á la poesia del Occidente. Agréguese á esto la inmensa distancia á que ha de quedarse siempre en la imitacion de los modelos sagrados, y los extravios de gusto á que esta imitacion mal entendida del estilo oriental lleva facilísimamente, y se comprenderá la cautela con que ha de proceder quien aspire al lauro de *bíblico* poeta.

¿Los himnos de la Iglesia? Buenos para el santuario, mas no para la plaza pública ni para el teatro; que esto fuera irreverencia. Además, esos himnos, con no llegar á la perfeccion artistica de Horacio, suelen ser, á lo ménos en la forma rítmica, imitaciones de la lírica latina. El más grande de los poetas eclesiásticos, nuestro español Prudencio, es *horaciano* una porcion de veces. El mayor elogio que sus panegiristas han encontrado es llamarle *el Horacio cristiano*.

¿La poesia italiana? La agotaron nuestros vates del siglo XVI. Estamos hartos de canciones y de sonetos *petrarquistas*. En cuanto á odas *horacianas*, háylas por aquí tan buenas ó mejores que por allá, y valé más tomar de nuestra casa que ir á la ajena. Por lo que hace á poetas modernos, los imitadores de Leopardi son una verdadera calamidad. No toman de su maestro la hermosura artistica prodigiosa, sino aquella desesperacion y amargura, que si se toleran y aún perdonan en almas tan grandes como la del poeta reccanatense, hácese insufribles en medianías entecas y escritores chirles, de café y casino, en quienes corren parejas la falta de fe, de voluntad y de talento.

¿La poesia francesa? Poco tiene que imitar en la lírica, si quitamos sus tres grandes poetas modernos. Pero si tenemos tradiciones literarias en España, ¿para qué seguir las de allende el Pirineo?

¿El gusto alemán? ¡Horror! La misma relacion tiene con el nuestro que el del Congo ó el de Angora. Nada de Heine, de Uhland ni de Rückert. Todo eso será, y es de positivo, muy bueno allá en su tierra, pero léjos, muy léjos de aquí. Nada de *humorismos* ni de nebulosidades. *Suum cuique*. A los latinos poesia latina, á los germanos germanismo puro. ¿Para cuándo son las leyes de la historia y de las razas?

Volvamos á Horacio: no hay otro camino. Y digo á *Horacio* y no á *los griegos*, por varias razones: 1.º, porque Horacio está más cerca de nosotros y es un ingenio de temple moderno; 2.º, porque nuestros antiguos imitaron á Horacio más que á los griegos, y conviene respetar la tradicion en todo; 3.º, porque Horacio y los griegos vienen á ser la misma cosa, dado que el segundo reunió los caracteres de todas las escuelas líricas que le precedieron; 4.º, porque la poesia lírica de los griegos que nos ha llegado más íntegra es la *coral*, inimitable en lenguas modernas, como lo han patentizado inútiles y repetidos esfuerzos; 5.º, porque el resto de la lírica griega, esto es, la *eólica* y la *jónica*, está reducida á fragmentos; 6.º, porque á Horacio puede haber alguna esperanza de acercársele, pero á los griegos ninguna, puesto que en los griegos derramaron las Musas sus tesoros, dejando muy poco para los bárbaros que vinimos despues.

En un discurso reciente, y de persona por mí muy estimada, razón para que no la nombre, he leído que *Garci-Lasso creó nuestra poesía lírica; que la dió un carácter del todo personal en relación con el principio del libre exámen que entónces predicaba Lutero; que la Inquisición ahogó (¡ya se ve!) esa semilla; que la escuela de Garcí-Lasso murió con él, y que los poetas líricos que le sucedieron se limitaron á seguir las huellas de griegos, latinos y toscanos.* Todo esto es inexacto. Garcí-Lasso no creó nuestra poesía lírica, pues, sin ir más léjos, el siglo anterior habia producido á Auriás March y á Jorge Manrique. No la dió ese carácter exclusivamente *personal* que quiere atribuírsele. Imitó á Horacio en la *Flor de Gnido*, á los itañanos en las canciones y en los sonetos, á Teócrito, Virgilio y Sanázaro en las églogas. La poesía de Garcí-Lasso no tiene la más remota analogía con Lutero ni con la Reforma, y se necesita toda la ligera de nuestro siglo para encontrarla. Garcí-Lasso era un guerrero jóven, dado á amores y aventuras más que á controversias teológicas: en lo demás, buen católico, por más que Usóz haya querido sacar partido de su amistad con Juan de Valdés para suponerle heterodoxo. Entre la égloga de *Salicio* y el tratado *De servo arbitrio* hay la misma relación que entre el *Cíclope* de Teócrito y la *Crítica de la Razon Pura*, de Kant. La Inquisición no opuso obstáculo ninguno al desarrollo de la poesía lírica, que (entre paréntesis) no le importaba nada. Va rayando en lo ridículo ese afán de explicarlo todo por la Inquisición, hasta las cosas en que la Inquisición no tenía parte, por no ser de su instituto. En materias literarias ántes pecó el Santo Oficio de tolerante con exceso que de opresor. La brillantísima falange de líricos que sucedieron á Garcí-Lasso, nada tuvieron que envidiarle y áun algunos le fueron superiores. Díganlo Luis de León, Francisco de la Torre, Camoens, Herrera, Medrano, Arquijo, Rioja, Gil Polo, los Argensolas, Villegas, Góngora y tantos más, áun limitándonos á los citados en esta historia de la poesía horaciana. Entre ellos y Garcí-Lasso no aparece diversidad alguna de estilo ni de escuela. Si imitaron á griegos, latinos y toscanos, otro tanto habia hecho su maestro. Es más; perfeccionaron su obra y fueron más personales que él, y más *subjetivos* y más líricos. ¿Con qué derecho se establece diferencia entre el uno y los otros? Por el gusto de decir cosas nuevas, ó por el más censurable de halagar ciertas pasiones con los vocablos un poco trasnochados de *Inquisición* y *fanatismo*.

Expuestas quedan las tres finalidades ú objetivos del *Horacio en España*. Todas ellas se reducen á una sola, término constante de mis esfuerzos: resucitar un poco la muerta afición á los estudios clásicos, hoy en lastimosa decadencia. Y aquí, so-

licitando la vènia de mi lector, pongo fin á este indigesto alegato, que he llamado *Ultlogo* ó *post-trimera palabra*, como decia el sabio obispo de Búrgos D. Alonso de Cartagena. Vale.

M. MENENDEZ PELAYO.

8 de Enero de 1877.

CORIOLOANO.

TRAGEDIA ESCRITA EN CATALAN POR D. VICTOR BALAGUER.

PERSONAJES.

CAYO MARCIO (*apellidado Coriolano*).

VOLUMNIA (*su madre*).

TITO LARCIO (*patricio romano*).

LAVINIO (*capitan de los Wolsgos*).

Campamento de los Wolsgos delante de Roma. Interior de la tienda de Coriolano.

TITO LARCIO.—CORIOLOANO.

(Se levantan como si terminaran una conversacion en el momento de alzarse el telon.)

LARCIO.

Ya todo entre los dos ha terminado.

¿Cómo pude creer un sólo instante que á mis ruegos cediera quien estuvo mudo y sordo á los ruegos de la patria?

Mensajes recibiste de los cónsules, del Senado tambien; aquí vinieron los sacerdotes de los Dioses sumos, y con ellos al par los venerables ministros de los templos, y hasta el sacro Colegio de los rígidos Augures.

Mas todo en vano fué: Marcio mostróse inexorable y fiero contra Roma...

CORIOLOANO.

Yo no me llamo Marcio; yo me llamo odio, venganza, destruccion y muerte.

LARCIO.

¿Y eres tú quien así me habla y responde?

¿Tú? ¡Dioses poderosos! O turbasteis mis sentidos, ó el que habla de tal modo no es aquel Marcio generoso y digno que conquistara la marcial corona en la batalla de Rigilli ardiente.

No es él, no puede ser; no es aquel Marcio que en luchas empeñadas y en combates fué siempre vencedor, jamás vencido; el que era en Roma respetado; el fuerte guerrero á quien su ejército glorioso saludaba en Corioles con el nombre de Coriolano, para honrar sus hechos. Quien á su patria con rencor se niega,

y á su tristeza y su dolor no acude,
jamás Romano fué; quien con los Wolsgos,
sus eternos contrarios y de Roma,
hace causa comun y entra con ellos
á sangre y fuego en territorio amigo,
y con ellos se acerca á los sagrados
murós, para trocar su patria en ruinas,
y luto y maldicion y llanto y muerte,
no es aquel Marcio austero que, ostentando,
del digno senador la ilustre toga,
un dia coronamos en el foro,
batiendo palmas, al clamor del pueblo
que entusiasta á sus piés de gozo hervía.
No eres tú de mi patria.

CORIOLANO.

Patria, oh Larcio,
que no honra al hijo que la honró, no es patria.
Tambien recuerdo yo, tambien recuerdo
á un Coriolano, á un Marcio, que en los lagos
combatió de Rigilli, el mismo dia
en que bajaron los sagrados Dióscuros
á confundirse y á luchar en medio
de los soldados que conmigo estaban.
Eran tiempos aquellos en que á veces
los Dióscuros luchando aparecían
para salvar y defender á Roma.
Sé tambien que aquel Marcio, de Corioles
expugnador, unió este nombre al suyo
por voto del Ejército y del Cónsul.
Sé que rival tan sólo de sí mismo,
era discreto en los consejos, bravo
en el combate, y sé que tanto Roma
llegó á deberle, que le fué imposible
premiar sus hechos ni pagar su deuda.
Mas sé tambien que lo que llaman Pueblo
le negó el consulado, y sé que un dia
le desterró, y que entónces, miserable,
proscrito, errante, enfermo, sin ventura
y sin lares, viviendo en el olvido
de todos, de los Dioses y los hombres,
iba al azar, llevando por la tierra
su amargo duélo y sus inciertos pasos.
Entónces fué cuando los Wolsgos rudos
templar supieron su dolor... ¡los Wolsgos!
para los cuales Coriolano era
nombre fatal de maldicion y espanto.
Ellos, tan nobles cuanto ingrata Roma,
en él no vieron su enemigo eterno,
su eterno azote, su dolor y oprobio;
y al llenarle de glorias y de honores,
rencor y agravios dieron al olvido.
¡No eran Romanos! Hoy de sus ejércitos
es general, de sus Estados Cónsul,
y Roma su enemiga... Patria, oh Larcio,
que no honra al hijo que la honró, no es patria.

LARCIO.
¿No me contestas más?

CORIOLANO.

No más.

LARCIO.

Entónces.

diré al Senado, al pueblo...

CORIOLANO.

¡Nada al Pueblo!

Nada quiere de mí, de él nada exijo.

Yo contesto al Senado... El Pueblo, astuto,
merece mi desprecio solamente.El Pueblo es cual la sierpe que traidora
entre la sombra su veneno oculta.

Hundido yace en sus oscuras cuevas,

y sale, como salen los reptiles,

para arrastrarse en el inmundo cieno.

LARCIO.

Te miro, te oigo, y me preguntó: Marcio,
¿quién eres pues?... ¿Quién eres?...

CORIOLANO.

Un carácter,

lo que ni sois ni existe entre vosotros

Romanos faltos de grandeza, débil
generacion, madera carcomida.

Ya el Pueblo estaba sojuzgado, quieto.

¿Por qué no reducirlo al Aventino
en vez de entrar en pactos, concediéndolemagistrados, tribunos?... ¡Ay! las torpes
debilidades, cuando son tenidas

con los humildes, Larcio, cuestan caras.

Transigir es ceder, es anularse,

y el Senado, al ceder, perdió derechos

que ya perdidos recobrar no puede.

Arbol robusto que una vez se dobla,

ya no vuelve jamás á enderezarse.

LARCIO.

Yo, Coriolano, te diré...

CORIOLANO.

Yo, Larcio,

yo te diré tambien que cuando veo

á los patricios y al Senado humildes

ante ese Pueblo, desespero y dudo

de la salud y porvenir de Roma.

En tanto viva el tribunado que hunde

el poder consular, Roma no es libre.

Perdida la unidad, que la hizo fuerte,

nada son ni el Senado ni los Cónsules.

Los tribunos Sicinio, Junio Bruto,

aquellos mismos de mi bien verdugos,

la demagogia, en fin, impera en Roma.

LARCIO.

Cayó Marcio, la herida aún está abierta,

y es el dolor el que habla por tus labios.

CORIOLANO.

Si es el dolor el que habla, no es el de una,

sino el de cien y cien hondas heridas
que guarda el pecho y recibió por Roma.

LARCIO.

Pues bien, Marcio, esa Roma idolatrada
por quien tu sangre sin cesar vertiste;
la Roma de tu amor y de tus triunfos;
aquella por quien guardan, no lo niegues,
tu corazón su nombre, y las señales
tu cuerpo, escudo de sus hijos; Roma
lo espera todo de tu amor... Perdida,
deshecha en llanto y en dolor, oh Marcio,
te pide su salud. Yo te la imploro
en nombre mío y en su santo nombre.
Vengarte puedes de la injusta ofensa;
no tiene quien la escude; la discordia
vive y se arraiga en sus rebeldes hijos.
Tus Wolsgos no hallarán fieros soldados
á quienes combatir... Roma sucumbe
si avanzas... ¡Marcio! ¡Marcio! Salva á Roma,
sálvala por piedad; y así te vengas.

CORIOLOANO. (Con intencion.)

¿Roma es perdida con que avance un paso?

LARCIO.

Perdida, Marcio, sí, te lo confieso.

¿Cómo, si así no fuera, cómo hubiesen
venido á tí á implorar sus Senadores,
sus Cónsules, Augures y Ministros?

Nada hay que pueda defender á Roma.

Caerá en poder del Wolsgo codicioso,
al espirar la tregua que la diste
y que concluye al declinar el día,
si no retiras tus legiones todas.

¿Á qué negarlo, Marcio? Roma es presa
de hondos temores y tremendos ecos.

Por plazas y por calles solamente
se ven mujeres que espantadas huyen,
suelto el cabello y las miradas locas;
tristes ancianos que de templo en templo
van á los Dioses á implorar, y espíritus
mezquinos y cobardes que medrosos
de todo tiemblan y de todos huyen.

(Mirando para asegurarse de que nadie observa y acercándose con misterio á Coriolano.)

Más todavía; escucha. Los presagios
son siniestros también; los altos cielos
señalan los peligros con horribles
y espantosos prodigios. No há tres días,
un sagrado corcel, el más fogoso,
de la carroza de los Thensas, muerto
de repente cayó; los adivinos
no hallaron á la víctima, enviada
al sacrificio, el corazón. ¿Te acuerdas
de la loba de piedra que en el ancho
foro recuerda el génesis de Roma?...

Se la ha sentido aullar toda la noche
cual si estuviera viva... ¡toda, oh Marcio!...

CORIOLOANO.

¿Roma perdida está si avanzo un paso...?

LARCIO.

Perdida, Marcio.

CORIOLOANO.

Pues está perdida.

LARCIO.

¡Ah! nunca, nó; retira esas palabras:

no son del corazón, son de los labios.

No seas, ¡ay! con Roma inexorable;

no lo es ella contigo, nó. Si injusto

fué el Pueblo para tí, Marcio, hoy te aclama

te levanta el destierro en que viviste,

tu nombre invoca con ardientes gritos,

te abre las puertas que cerró la envidia

y los brazos que ayer te amenazaron

hoy hácia tí te tiende cariñoso

CORIOLOANO.

Para en ellos ahogarme. El Pueblo es ese;

¡siempre fué el Pueblo así! Vil y cobarde.

¿Cómo se arrastra cuando tiene miedo!

¿Cuando fuerte se ve, cómo maltrata!

Acabemos.

LARCIO.

¡Ah, nó!

CORIOLOANO.

Si se devuelven

á los Wolsgos sus tierras y ciudades...

LARCIO.

¡Marcio!...

CORIOLOANO.

Y derecho de ciudad consiguen,

su caudillo retira sus legiones;

si no, tiendo la mano y Roma es mía.

LARCIO.

¡Inexorable, sí! Tienes entrañas

de bronce y mármol. Pues la guerra quieres,

venga la guerra, pues. Como Romanos

sabremos sucumbir en los escombros

de Roma, que caerá, pero con honra.

Avanza y borra de la patria el nombre

al odio de tu saña vengativa;

avanza con la hueste de tus Wolsgos,

y hunde sangriento nuestros sacros muros

con el petral de tu corcel de guerra.

La historia, un día, contará que un hijo

de Roma, entró por Roma á sangre y fuego,

y dará al anatema de los hombres

al parricida que arruinó su cuna,

los templos de sus Dioses, y la casa

dulce santuario de su anciana madre.

(Váse lentamente. Coriolano, sorprendido por las últimas palabras de Larcio, le ve partir con terror.)

CORIOLOANO.

¡Qué es lo que dijo! ¡Madre!.. ¡Madre mia!

¡Mi santa Madre!

(Se deja caer en un sitial ocultando la frente en sus manos.—Pausa.—Se levanta luego, y dirigiéndose con el gesto y con el puño hácia el sitio donde se supone que está la ciudad, exclama.)

¡Oh, Roma! ¡Roma! ¡Roma!

VOLUMNIA, CORIOLANO.

(Volumnia entra pausadamente en la tienda, cubierta con su manto, y se descubre al llegar á la mitad del escenario. Coriolano la mira con recelo y extrañeza, pero al ver que se descubre y al reconocer á su madre, se precipita á ella con efusion y en ademan de abrazarla. Volumnia se mantiene severa, fria, inmóvil y le rechaza.)

CORIOLANO.

Oh, madre! Madre mia! (Retrocediendo.) Madre amada!

VOLUMNIA.

Antes de que te abrace, necesito saber si es un Romano ó si es un Wolsgo el que sus brazos con afan me tiende; saber si soy tu madre ó soy tu esclava.

CORIOLANO.

¿Tú mi esclava? Yo soy siempre tu hijo, siempre.

VOLUMNIA.

Mi hijo se llamaba Marcio y era Romano.

CORIOLANO.

Soy tu sangre, sangre de la más noble y pura que hay en Roma.

VOLUMNIA.

Ni eres mi hijo ni Romano. Nunca las matronas romanas engendraron de la patria enemigos.

CORIOLANO (con gran sorpresa.)

¡Madre mia!

VOLUMNIA.

Allí están, en tu campo, las matronas, las más nobles romanas, que vinieron á conseguir del Dictador del Wolsgo lo que á todos negó, pueblo y patricios, Senado y sacerdotes.—Yo ántes que ellas quise sola llegar, por convencerme que el que á Roma sitió, Marcio se llama.

CORIOLANO.

¡Ah madre mia, sí!

VOLUMNIA (con la misma frialdad.)

Yo en paz vivía en el hogar, en cuyos atrios velan los Dioses lares de la gente Marcia. Mi casa está desierta; allí estoy sola con mis tristes recuerdos; allí todo me habla del hijo, á mi cariño ausente, de su amor hácia mí, su anciana madre, el sol que veo, el aire que respiro, de su amor por la patria, las coronas, con su valor y sangre conquistadas

que en el sacro tesoro, en el santuario guardo de la familia...

(Coriolano hace un movimiento de ternura hácia su madre. Volumnia le detiene con el ademan y con la voz, y continúa siempre con la misma frialdad.)

Hablo de mi hijo:

(Coriolano se detiene sobrecogido; y entregándose á un movimiento de desesperacion, se cubre los ojos con la mano.)

Ayer, y ya de noche, vino á verme

la hermana de Publicola... un Romano,

y entre sollozos y cortados ayes

Valeria dijo así:—«Ven con nosotras.»

—«¿Adónde vais?»—«Al campo de los Wolsgos

que á Roma asedian. Lo que todos juntos

no pudieron lograr de tu hijo Marcio,

quizás lo logre nuestra horrible angustia.»

—«¿Mi hijo Marcio?—Es quien guía las legiones

contrarias.»—«¿Mi hijo Marcio? No, ¡imposible!

Vamos al campo de los Wolsgos, quiero

verlo... y al verlo exclamaré: ¡mentira!»

CORIOLANO (en un arranque de desesperacion.)

¡Oh, madre! sella el labio y no destroces

ya más mi corazón. ¡Toma mi espada

y hiere sin piedad! ¡Toma mi vida,

la que me diste tú, te la devuelvo!

Más dulce me es la muerte que tu enojo,

¡miserable de mí!

VOLUMNIA (abandonando por primera vez su frialdad.)

Más miserable

la que en su seno te llevó. ¿Tú eres

mi hijo? ¿Eres tú quien amenaza á Roma?

Pues ni el derecho de rezar me queda.

Si ruego por tu suerte, á Roma ofendo;

si por Roma mi voz alzo á los Dioses,

pido de mi hijo la deshonra y muerte.

CORIOLANO.

Mas yo ¿qué puedo hacer?

VOLUMNIA.

Salvar á Roma.

CORIOLANO.

Y vender á los Wolsgos generosos

que al verme errante su amistad me dieron

siendo yo su rival, mientras mi patria

me arrancaba á mis lares y á tus brazos.

VOLUMNIA.

Sólo dos medios que escoger te quedan;

ser traidor á los Wolsgos

CORIOLANO.

No.

VOLUMNIA.

¡O Roma! ¡O Roma!

CORIOLANO.

Ingrata Roma fué.

VOLUMNIA.

Pero es tu madre,

y no hay razon que su enemigo te haga.

CORIOLANO.

¡Oh, si supieras tú cuánto ha pasado por mí!... Luchas eternas, hondos duelos, tempestades terribles... espantosas...
Ve cuál será mi corazón de fuerte cuando tanto sufrió, y alienta, y late.
Hoy soy el Dictador de los que un día patria y hogar en mi dolor me dieron, de aquellos mismos que al medir mis penas, de su derrota y mi tremenda saña se vengaron, haciéndome su Cónsul, fiándome su ejército y su suerte.
De ellos soy yo, sí; ¿Roma es su enemiga? Mi enemiga es también. Los Dioses saben cuál me desgarró el corazón no haciendo lo que me pide el maternal cariño, tu amor, la sola voz que aquí en la tierra pudo mover el corazón de Marcio.
No puede ser. Que un rayo me destruya. Cumpliré mi deber, y ¡húndase Roma!

VOLUMNIA.

(Recobrando la misma frialdad que guardaba al comenzar la escena.)

Si tal es tu deber, cumplirlo es fuerza.
Haz siempre tu deber, tu deber siempre.
Yo el mío cumpliré. Yo soy Romana.

CORIOLANO.

¿Qué me quieres decir? ¿Qué dices, madre?

VOLUMNIA.

Digo, Marcio, que es fuerza que cumplamos el sagrado deber que nos imponen la patria y la virtud. Tú eres del Wolsgo y yo de Roma soy. Penetra en Roma al frente de tu ejército. Yo, viva, no debo ver el fin de este combate que sólo acabará de un modo horrendo: ó cadáver mi hijo y Roma libre, ó mi hijo vencedor y Roma esclava.
¡Haz tu deber! De Roma la ancha puerta te mostrará, cuando entres victorioso, el cuerpo ensangrentado de tu madre.

(Escena muda. Volumnia se envuelve en su manto y se dispone á salir, dirigiéndose lentamente hacia la puerta de la tienda. Coriolano hace un ademán de desesperación; se pasa la mano por la frente como si quisiera arrancarse el pensamiento; y en seguida, como si hubiese tomado una resolución, llama con voz entera á Lavinio.)

CORIOLANO.

¡Lavinio!

VOLUMNIA, CORIOLANO, LAVINIO.

(Lavinio se adelanta con respeto. Coriolano, dominándose, se dirige á él con imperio y sequedad.)

CORIOLANO.

Vé; que se levante el campo.
La guerra terminó, De Roma léjos

hemos de estar cuando amanezca el día.

(Vase Lavinio.)

VOLUMNIA, CORIOLANO.

(Cuando Volumnia ha visto partir á Lavinio y se ha convencido de la realidad, se precipita á Marcio con un arranque de entusiasmo y con los brazos abiertos.)

VOLUMNIA.

¡A mi hijo recobré! ¡Gracias, oh Roma!

CORIOLANO (abrazando á su madre.)

¡Madre!... Roma no fué, tú me venciste.

(Cae el telón.)

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

HISTORIA GENERAL DE LOS DESINFECTANTES

Y DETERMINACION DE LOS MÁS EFICACES COMO PRESERVATIVOS DE LAS ENFERMEDADES.

(Conclusion.) *

II.

Desinfeccion de cárceles, lazaretos, mercados, cementerios, teatros, etc.

Cárceles y presidios. Estos sitios, que pueden considerarse como hospitales de la patología social, deben ser preferente objeto de la atención del higienista. Cítase de una época que en Lisboa el tifus engendrado en la cárcel se comunicó á la población, ocasionando muchas víctimas. Es, pues, necesario que los auxilios de las ciencias médicas, en cuanto tienen relacion con la higiene, se lleven á los establecimientos penitenciarios que la ley establece para la represión de los delitos. Desgraciadamente no se halla esta verdad tan propagada como debiera, porque en ocasiones los preceptos científicos se hallan del todo contrariados. Creemos que los criminalistas debieran meditar sobremanera tan delicado asunto, porque los desgraciados que la sociedad separa en esos lugares como escoria, no debe ser su salud menospreciada, sino por el contrario, su bienestar físico debe ser la vía de la regeneración moral que rara vez recuperan.

El aseo material y personal de los presos; una calefacción y ventilación bien entendidas; alimentos variados y en proporción suficiente, pero proscribas las bebidas alcohólicas y el tabaco; el moderado ejercicio, alternando con el trabajo y la instrucción moral, son los medios más adecuados para que reine en estos establecimientos un puro ambiente, y no se respire por todos sus ámbitos la fetidez del crimen.

* Véanse los números 178, 179, 180 y 181, págs. 97, 145, 171 y 208.

De consiguiente, la mejor desinfección en este caso es la ventilación bien establecida.

Lazaretos. Establecimientos que en tiempos antiguos sirvieron exclusivamente para los enfermos de lepra, y después de sitio de prisión á los viajeros sospechosos de contagio, son desde hace cuatro siglos edificios destinados á incomunicar buques, personas y efectos susceptibles de propagar enfermedades por contagio. Deben ser espaciosos, con distribución conveniente para enfermerías, almacenes, patios, locutorios, etc., con ventilación perfectamente establecida, y teniendo todos los días el cuidado minucioso de regar con agua de cloro ó disolución de hipoclorito, y también producir alguna que otra fumigación de ácido hiponítrico.

Se cuidará que solamente se trasladen al lazareto todos los efectos que no sea posible desinfectar en los buques, y la desinfección debe practicarse por los medios más eficaces, pronto y seguros, compatibles siempre con la conservación de los objetos y la comodidad de los viajeros. La descarga completa ó parcial de los buques, el pintarlos ó encalarlos, la combustión de las mercancías averiadas y mucha ventilación respecto á las ropas, más especialmente á los tejidos de lana, son las medidas más recomendadas para una completa desinfección.

Respecto á la correspondencia pública, hay que proibir la antigua costumbre de taladrar las cartas, rociándolas con vinagre, disolución de cloro, de cloruro mercúrico, etc. Estos medios no producen otros efectos que retardar la circulación de la correspondencia, borrar los escritos, ocasionando á veces graves perjuicios, sin que reporte ventaja alguna, pues los papeles no conducen jamás epidemias. Lo único que conviene es trasladarlos de balsa, aireando previamente su contenido.

Cementerios. Es antigua la idea del respeto á los difuntos, así como también la necesidad de observancia de las leyes higiénicas en cuanto á este asunto se refiere. Los esquimales colocan en el sitio en que han quemado un cadáver una estaca; y los japoneses adornan los sepulcros de flores y los visitan frecuentemente.

La palabra cementerio, derivada del griego *koi-maō*, yo duermo, es el espacio que se destina á la pública inhumanación de los habitantes de un pueblo. La antigüedad, en esta rigurosa acepción tomados, no tuvo cementerios. Durante siglos enteros, en España mismo, se ha hecho de los templos sepulcros, hasta que los gritos de la ciencia y las duras lecciones recibidas, han contribuido á colocar las necrópolis fuera de poblado, aunque no tanto como debieran.

Había iglesias que, principalmente en el verano, era casi imposible penetrar en ellas á consecuencia

de la fetidez, por lo somero que estaban los cadáveres. El año 1783 fué imposible celebrar misa en la parroquia de San Sebastian de Madrid por espacio de ocho días, á consecuencia de haberse reventado una de las sepulturas.

En anteriores capítulos hemos dicho las precauciones que hay que adoptar en la exhumación de los cadáveres, precauciones que jamás deben darse al ovido, ni en sus menores detalles despreciarse.

Su situación debe ser por lo ménos á dos kilómetros de la población; pero á ser posible, deben estar más alejados, en un punto culminante, donde haya vientos en todas direcciones, ó mejor que reinen en contrario sentido al de la población.

El terreno calizo ó arenoso es el que debe preferirse, y la extensión debe ser proporcionada á la población. La ley, en armonía con la ciencia, exige que el mismo sitio no pueda servir para inhumaciones nuevas en el espacio de cinco años, término en la generalidad de los casos suficiente para que el curso de los fenómenos de la putrefacción haya terminado. Es también necesario tener en cuenta que la naturaleza del terreno, el clima, la estación, la profundidad de la sepultura y otras varias causas influyen sobremanera en la mayor ó menor rapidez con que el cuerpo se reduce á esqueleto.

Según los cálculos de Maret, un cadáver en putrefacción ocasiona el mefitismo en una atmósfera de 8 á 10 metros, y sepultado á ménos de tres metros de profundidad tarda tres años en descomponerse. Orfila, en sus investigaciones necroscópicas, halló muchos cadáveres reducidos á esqueletos, al año y medio de su inhumación.

En todo caso, opinamos que la extensión del cementerio ha de ser algo más que quintupla, no tan sólo por esa variabilidad en la consunción de los cuerpos, sino para que no se ocasionen conflictos cuando las epidemias, las guerras ú otras calamidades produzcan mayor contingente de cadáveres.

Deben hallarse convenientemente cercados, de tal manera que, vedando la entrada á la profanación, no se impida el tránsito libre del aire. También son útiles las plantaciones, porque la experiencia ha enseñado que la vegetación acelera la descomposición cadavérica. Generalmente se disponen, en forma de calles, el ciprés, el tejo, el pino, árboles siempre verdes, alternando con el sauce lloron y las acacias. También suelen interponerse plantas de flores de olor, que embalsaman el ambiente y contribuyen á embellecer estas tristes mansiones.

Por último, recomendamos la fumigación de cloro ó de ácido hiponítrico, dos veces al día durante el verano y en las épocas de epidemia, en cuyas ocasiones debiera impedirse la entrada pública, por más que sea privar de un doloroso consuelo al que en estos sitios tiene encerrados los últimos restos

de deudos queridos, tal vez pedazos de su corazón lacerado; pero las conveniencias sociales deben estar por cima del interés particular.

Después de hechas estas indicaciones, pasemos á tratar de la purificación del aire en otros sitios ménos lúgubres que estos.

Teatros. El esparcimiento y solaz públicos son una necesidad social, y creemos que las manifestaciones de la poesía en la escena contribuyen no sólo al recreo del ánimo, sino á la ilustración de la inteligencia. No rechaza el higienista, ántes por el contrario, acoge el teatro, siempre que permanezca dentro de los límites que le señalan la literatura, la ilustración y la moral. Pero dejando á un lado estas consideraciones, ajenas por ahora á nuestro propósito, fijémonos solamente en los locales que se destinan á los espectáculos, por lo que tiene relación con la desinfección.

Reunida una multitud de personas durante algunas horas en un sitio siempre insuficiente para contener este número, y una gran elevación de temperatura ocasionada por las luces, dan lugar á que se consuma gran cantidad de oxígeno y se acumule en cambio una proporción no escasa de ácido carbónico.

Cinco son las condiciones principales que hay que llenar para purificar el aire de la sala de un teatro.

- 1.ª Que la temperatura del aire sea la que se desea.
- 2.ª Que esta temperatura sea constante todo el tiempo que dure la representación.
- 3.ª Que el aire sea continuamente renovado para que no haya disminución sensible de oxígeno.
- 4.ª Que la ventilación no se establezca por corrientes de aire que molesten.
- 5.ª Que el aire tenga, siempre que sea posible, la mitad del agua que debe contener para ser saturado á la temperatura de 16°.

En diversas épocas y en países diferentes se ha propuesto ventilar las salas de espectáculo, haciendo uso de medios mecánicos más ó ménos complicados, entre ellos la colocación de chimeneas. El método mejor consiste en hacer una chimenea de bastante diámetro sobre el orificio central del lucernario. Debajo de las butacas hay una porción de orificios que comunican con los sótanos, el aire de estos, calentado por medio de caloríferos, se esparce en las butacas y en los palcos, y el tiro que la chimenea produce establece una corriente continúa de aire, que llena todas las condiciones expuestas anteriormente. El tiro de la chimenea se puede graduar á voluntad por medio de compuertas, que permiten aumentar ó disminuir la corriente según la concurrencia lo haga necesario.

También debe atenderse al saneamiento de las salas de descanso y del foro, teniendo especial cui-

dado con la colocación de retretes en sitios donde los miasmas no pueden perjudicar á las personas que concurren al teatro.

CAPÍTULO VII.

DESINFECCION DE DIVERSOS SITIOS Y OBJETOS.—CONSIDERACIONES PATOLÓGICAS EN GENERAL.

I.

Saneamiento y desinfección de las alcantarillas.—La limpieza de las alcantarillas es una de las más imprescindibles operaciones en las ciudades populosas. Necesario es, ántes de proceder á esta limpieza y desinfección, conocer el plano de todas sus ramificaciones, practicando en su bóveda varios orificios, además de los que se hayan colocado en su construcción. Acto continuo, la introducción de una lámpara indicará el grado de alteración del aire por el modo con que tenga lugar la combustión. Este medio es bastante bueno, aunque no del todo suficiente en algunos casos, por lo cual se ha aconsejado hacer entrar á los trabajadores cubiertas sus cabezas con gorros preservativos, ó poner caretas y pedazos de esponja delante de la nariz y de la boca, á fin de que sirvan de vestíbulo á los gases deletéreos ántes de que penetren en los órganos respiratorios. Todo esto se practica en el caso de que haya bastante oxígeno para sostener la vida, porque en caso contrario será inútil todo lo que se efectúe.

La ventilación se promueve en las alcantarillas por medio del fuego. Para esto se coloca sobre el registro más próximo al que se efectúa la limpieza una chimenea de un metro de ancha por cinco de alta; se cierra herméticamente por la parte que toca á la abertura del registro y se introduce un hornillo con lumbre y después se baja éste, de modo que toque á la bóveda de la alcantarilla, pero nunca más. Con objeto de limitar la ventilación, se coloca un lienzo á la entrada de la prolongación de la alcantarilla, clavándole á los lados de la bóveda. Dos horas ántes de comenzar la limpieza por los operarios debe estar encendido el fuego y se sostiene todo el tiempo que esta dure. En la porción de alcantarilla ya limpia, hay que distribuir gran cantidad de hipoclorito cálcico, precaución que no debe descuidarse, porque sucede que las piedras del fondo ó suelo son bastante porosas, se impregnan de las sustancias pútridas y exhalan gran cantidad de sulfido hídrico ó sulfhidrato amónico, impurificando el aire, tal vez más que lo estaba ántes de comenzar la limpieza.

De todos modos, los obreros han de trabajar poco tiempo, renovándose con la necesaria frecuencia, provistos de distintos trajes para el trabajo y el

descanso y teniendo el cuidado de lavarse las manos y la cara con agua clorada.

Algunos químicos higienistas aconsejan que el mejor procedimiento consiste en colgar al cuello de los operarios un frasco de boca ancha que contenga hipoclorito de cal seco, y colocado á la mitad de la altura del pecho, puedan, sin que les moleste, experimentar los benéficos resultados del desprendimiento del cloro. Las aspersiones del hipoclorito en las bóvedas de las alcantarillas tienen también sus inconvenientes, porque su acción no es más que instantánea, incomodan al que las efectúa y gotea sobre los obreros inutilizando sus ropas.

Las fumigaciones de cloro pueden producir buen resultado cuando se practican en los sitios en que va á trabajar el obrero y si hay gran distancia entre los hornillos de aspiración y los aparatos fumigatorios. Este desprendimiento de cloro disminuye la actividad de la combustión de los hornillos, principalmente cuando estos se hallan alimentados por carbon de piedra, y molesta al propio tiempo á los trabajadores cuando se hace en grande abundancia; pero en aquellos sitios en que no se ha podido establecer corriente de aire, es indispensable la fumigación de cloro.

Si las prescripciones indicadas se descuidan, se observa que la agitación de las materias en putrefacción ocasiona á los operarios una debilidad y abatimiento general, les sobrevienen síncope, y concluyen por caer, en algunos casos, para no levantarse jamás. En general suelen experimentar cansancio, cefalalgia gravativa, supra-orbitaria, náuseas y todo el cuadro sintomático de la saburra gástrica.

Antes de haberse generalizado el uso del hipoclorito cálcico como desinfectante, se citan multitud de casos desgraciados que han tenido lugar en la limpieza de los pozos inmundos y alcantarillas.

Tenemos á la vista el *Diario de química-médica, farmacia y toxicología de 1843* (1), donde se consigna el fin desgraciado de dos trabajadores que se ocupaban en la limpieza de un pozo, los cuales descuidaron por completo las precauciones higiénicas.

El mismo periódico indica que si hubiera de consignarse el número de víctimas de esta índole, sería un crecido y desconsolador guarismo.

Desinfección de ropas.—Los tejidos son las sustancias que más absorben los miasmas y que con mayor tenacidad los conservan. En los hospitales adquiere la ropa de los enfermos un olor especial, que tarda algún tiempo en desaparecer. Los que trabajan por espacio de muchas horas en las salas

de disección, llevan en su traje el olor cadavérico que difícilmente logran perder. Las personas que á la práctica de la química se dedican en los laboratorios, acusan sus vestidos los olores penetrantes que en dichos sitios se desprenden. Se observa con más especialidad la persistencia en el olor de ciertos gases, como el hidrógeno sulfurado, el ácido iohídrico, hidrógeno fosforado, aceites empireumáticos, productos de la carbonización de materias animales en las investigaciones toxicológicas, etc.

El airear repetidamente y por espacio de bastante tiempo estos vestidos, es el mejor de los medios que pueden emplearse para su purificación. Aconseja Chevallier que se coloquen en un armario provisto de perchas los trajes que se desee desinfectar, y en el fondo dos platos que contengan 60 gramos de hipoclorito cálcico; se cierra el armario, y en el espacio de algunas horas se verifica la desinfección. En seis horas, dice, queda destruido el olor del tabaco, en ocho el de la marea. Nosotros hemos comprobado este consejo experimentalmente con ropa de varios individuos, y hemos visto que no son suficientes seis ni ocho horas para hacer desaparecer el olor adquirido en la sala de disección ó el de un laboratorio, cuando la persona ha trabajado en operaciones donde se desprendía mucho hidrógeno sulfurado, ó aceite empireumático de cuerno de ciervo, ó productos de la destilación seca de la madera. En estos casos ha sido necesario que trascurren muchos días para que la completa desinfección y la total desaparición del olor hayan tenido lugar.

También se ha aconsejado el rociar estos vestidos con agua clorada; pero esto tiene el inconveniente de que los tejidos coloreados se alteran de un modo notable.

II.

Consideraciones patológicas.

Hay ciertos países, como sucede en la India, donde gran número de enfermedades deben su origen á las impurezas del aire que sus habitantes respiran. Al propio tiempo que es necesario cambiar la constitución ó temperamento, mejor dicho, de los habitantes, por medio de un régimen alimenticio más adecuado al clima, conviene asimismo desecar los pantanos, disminuir los arrozales que envenenan el aire, precaver las inundaciones, evitando hasta donde sea posible, por medio de diques, derrames de los ríos. Todo esto, acompañado de una sólida y esmerada instrucción, que aleje el fanatismo y la superstición, compañeros inseparables de gran número de enfermedades. Allí tiene su origen el tifo asiático ó cólera morbo, enfermedad que bajo la forma de epidemia deja su rastro fatal en Europa, cuando por ella desgraciadamente atraviesa.

(1) Revista redactada por los primeros químicos y médicos de Francia.

Estas indicaciones son también comunes á otros países, incluso España, donde existen no pocos sitios en que es indispensable la atención de los gobiernos y municipios, á fin de arrancar víctimas á las intermitentes, tifoideas, escrofulismo y otras dolencias; asunto más digno, á nuestro modo de ver, que las controversias políticas, que por completo suelen distraer el ánimo de las personas encargadas de la administración pública.

Pocos son los medios que hay de destruir ó neutralizar los principios morbosos introducidos en el organismo ó prepararle para hacerle antagónico con las influencias epidémicas. Sin embargo, Miguel Levy, higienista de reputación indiscutible, expone algunas ideas, suyas y tomadas de otros autores, que son en resumen las siguientes:

La tisis, según Hildebrand, así como la diarrea y la cuartana, eximen del tifo. Parece ser que el primer tributo pagado á ciertas enfermedades por infección ó contagio, pone al abrigo de ulteriores ataques. Esto se ha observado en la viruela, fiebre amarilla, peste de Levante, y aún muchas veces en la tifoidea.

Algunos cuerpos minerales y vegetales parecen actuar preservativamente en las influencias epidémicas. Ha observado el autor á quien estas noticias pertenecen, que el cólera ha respetado las fábricas en donde se maneja en grande el carbon animal, el azufre ó el mercurio.

El Dr. Stokes, en unión de otros notables médicos ingleses, ha observado la desaparición de las fiebres intermitentes en una pantanosa comarca de Cornuailles, desde que en ella se han establecido numerosas fundiciones de cobre, las cuales han impregnado la atmósfera de vapores arsenicales.

Refiere Parent Duchatelet, que en la epidemia cólerica, la *Petite Ville*, próxima á Montfaucon, donde hay desprendimiento de emanaciones animales, perdió un habitante por cada 169; y la *Grand Villette*, que se halla bastante distante, perdió uno por cada 60. De 150 obreros empleados en la fabricación de mantillo, solo uno sucumbió del cólera el año 34. La misma inmunidad ha notado el observador respecto á la tisis.

La inoculación de la materia variólica precedió á la de la vacuna. Esta práctica fué adoptada en Constantinopla en 1673, é importada por lady Montagne en Inglaterra, de donde se esparció por Europa; pero este medio insuficiente fué reemplazado por Jenner en 1798, que dotó á la humanidad del gran profiláctico de la viruela y que el Tirteo español (1), el poeta laureado cuando la nieve de los años blanqueaba su cabeza, cantó en sonoros versos que la literatura patria considerará siempre como impercedero monumento. La viruela es una de las fie-

bres exantemáticas en que más interesa la desinfección, y que en los hospitales ó casas donde exista deben practicarse repetidas fumigaciones.

La fiebre tifoidea no es inoculable, y por más que respecto á su etiología se ignore bastante, se cree que es una enfermedad miasmática, cuyo desarrollo puede depender de una causa transitoria esparcida en la atmósfera. El aire estacionado en las ciudades, en las habitaciones insalubres, y en general, lo que se denomina aire confinado, se supone que es apto para transmitir la enfermedad á todos los que viven en este ambiente. Las personas recién llegadas á las poblaciones muy numerosas y los que accidentalmente se encuentran sometidos á un hacinamiento pasajero ó más ó menos permanente, pueden experimentar los efectos de la desinfección, de igual modo que los que en dichas localidades permanecen un tiempo mayor ó menor.

Las aguas de los ríos cargadas de detritus ó sustancias orgánicas, son las que desarrollan en los individuos poco habituados á beberlas las fiebres tifoideas (1).

Por lo demás, el estudio de la propagación de la fiebre tifoidea en las epidemias de las pequeñas localidades ha conducido á gran número de prácticos á admitir las propiedades contagiosas de esta afección. El calor favorece su desarrollo. Sin embargo, hemos visto en Madrid epidemias mortíferas de tifoideas en los meses de Diciembre y Enero.

III.

Sabido es que una de las causas que más poderosamente influyen en el desarrollo de la peste de Levante, es el abandono de los preceptos de la higiene pública, así como la habitación sobre terrenos de aluvion ó pantanosos, un aire caliente y húmedo y la acumulación de gran cantidad de sustancias animales y vegetales en putrefacción. Como comprobante de este hecho, puede citarse la extraordinaria fecundidad del Egipto y el gran número de sus habitantes durante el reinado de los Ptolomeos, así como su decaimiento bajo el imperio del islamismo.

Cualquiera que sea el origen de la peste, es transmisible esta enfermedad á largas distancias, y se ha observado que puede verificarse por las ropas de uso habitual. Se ha notado asimismo que los miasmas de la peste no parecen tener la propiedad de trasportarse á grandes distancias por las corrientes de aire, sino que casi siempre son precisos, agentes de transporte más materiales. Así es que no sólo los trajes, tejidos y diversos objetos han servido de agentes de transporte á los miasmas, sino hasta los mismos individuos.

(1) Quintana: Oda á la vacuna.

(1) Monneret: *Tratado elemental de patología interna*.

También se halla rodeada de grande oscuridad la patogenia de la fiebre amarilla. En América, que es donde con mayor frecuencia se ha observado, se extiende desde el octavo grado de latitud N. hasta el cuarenta y dos de latitud austral. Alguna vez ha sido trasportada á Europa, como pueden atestiguarlo los puertos de Génova, Marsella, Lisboa, Cádiz y Barcelona, que recientemente ha sido víctima de esta epidemia.

Los efluvios pantanosos de ciertas localidades intertropicales se cree que tengan grande influencia en el origen de esta enfermedad. Las estaciones que favorecen la fermentacion, como el verano y primavera, son las más á propósito para el desarrollo de la fiebre amarilla. Una vez desarrollada, se propaga con gran facilidad, y esta propagacion se hace por miasmas que no se transportan muy léjos, sino que su zona es algun tanto circunscrita.

Lo que hay de cierto es que su profilaxia de lleno pertenece á la higiene y á la desinfeccion, saneando los puertos, haciendo desaparecer los focos de infeccion y dispersando los individuos, aniquilando y destruyendo el germen miasmático.

CAPÍTULO VIII.

CONTINUACION DE LAS CONSIDERACIONES PATOLÓGICAS.

I.

Las enfermedades palúdicas reconocen por causa un agente tóxico, que se desprende de los pantanos y que interpuesto en el aire penetra fácilmente en el organismo, dando origen á una serie de actos morbosos. Tienen alguna semejanza con las intoxicaciones producidas por el plomo, mercurio, centeno cornezuelo y verderame del maiz.

Las aguas estancadas, en cuyo seno se producen fermentaciones diversas, son las que originan los miasmas, favorecidos por condiciones geológicas, físicas y químicas. Si se trata de un pantano profundo en que el agua se encuentre sometida á la accion del sol, y por consiguiente á una rápida evaporacion, puede decirse que es un constante manantial de miasmas. Do quiera que la naturaleza se muestra lozana, ó sea en los países donde hay temperatura elevada, abundancia de aguas y cielo despejado y puro, allí la patología palustre se encuentra más desarrollada y toca al hombre combatirla con la severidad de la higiene. En pequeño tenemos en España con lo que en Aranjuez sucede. Con fundamento deben, pues, mirarse como sitios malos sanos las charcas donde el cáñamo y lino se curan, así como los terrenos recientemente desmontados para la construccion de edificios. Esta operacion impregna la atmósfera de miasmas muy perjudiciales á quienes los aspiran.

Hoy tiene la patología seguridad de que el miasma palúdico es la causa de la intoxicacion, y el calor obra solamente favoreciendo su desarrollo. No son contagiosas las fiebres palúdicas, y solo una acertada higiene puede hacerlas disminuir. En este caso, los desinfectantes no son suficientes, pues es muy extensa la invasion del miasma para que ninguno de los cuerpos que hemos señalado como purificadores del aire pueda neutralizarle.

II.

En ciertas localidades en que la humedad predomina, como sucede en muchos países del Norte de Europa, es endémico el escorbuto. Hoy sucede así en Rusia, Laponia y Noruega, y á fines del siglo anterior lo era en otros muchos puntos. Las ciudades sitiadas suelen también pagar su triste tributo á esta enfermedad, así como las profesiones en donde se reúnen el exceso de trabajo, la mala alimentacion y ausencia de los rayos solares.

Por consiguiente, el alejamiento de todas estas causas será la mejor medida preventiva que pueda tomarse contra esta terrible enfermedad, azote de las tripulaciones, muy especialmente en aquellos buques que una larga travesía les ha obligado á detenerse en el Ecuador por una calma chicha. La desinfeccion de los buques es un medio útil para libertarse también del escorbuto, se entiende siempre que se tenga especial cuidado de alejar todas las causas que influyen en su produccion, así como usando la alimentacion prescrita en tales condiciones.

III.

Antes de dar por terminada nuestro cometido debemos indicar, siquiera sea de un modo muy sucinto, la conveniencia de las cuarentenas y lazaretos. Creados estos bajo la impresion dolorosa que en el siglo XV produjeran las repetidas epidemias que tuvieron lugar, fueron sus reglamentos en extremo severos. Muchos autores se han declarado completamente en oposicion contra estas medidas sanitarias, considerándolas injustas, inútiles, atentatorias al libre comercio y á la dignidad individual.

Nueve años hace, próximamente, que el Congreso médico español, reunido en Madrid, dedicó una de sus sesiones á la discusion de este interesante asunto de la ciencia médica, tan relacionado con la administracion pública, en cuyo glorioso certámen tomaron parte distinguidos químicos y médicos, ilustrando notablemente la importante cuestion de los lazaretos y cuarentenas.

Las luminosas memorias que se presentaron, las

peroraciones elocuentes que brotaron de los labios de todos los oradores que en la discusion tomaron parte, fueron en contradictorio sentido; pero en último resultado acordó el Congreso que la cuestion era en extremo árdua, y no estimó conveniente el someterla á votacion.

Nosotros deploramos en alto grado los inconvenientes del régimen cuarentenario, pero no podemos desoir los gritos de la experiencia, y por lo mismo no optamos por que se borre de la legislacion. Creemos, sí, oportuno que no se use de prácticas que molesten al viajero, y que los lazaretos tengan todo género de comodidades; pero abolirlos por completo equivaldria á mirar con indiferencia la vida de los individuos que son víctimas de las asoladoras epidemias que con tanta frecuencia, por desgracia, diezman las poblaciones marítimas.

Creemos pertinente la consignacion de algunos datos estadísticos presentados por el Sr. Roger, médico del lazareto de Mahon (1), que demuestran hasta qué punto son útiles estas medidas sanitarias.

La fragata española *Libertad*, que salió de Barcelona el 11 de Agosto y llegó al lazareto de Mahon el 21 del mismo mes con patente sucia y 29 tripulantes, tuvo seis defunciones.

La goleta de guerra *Justina*, que llegó el 22 de Agosto con 69 tripulantes, tuvo en la cuarentena 22 invadidos, de los cuales murieron seis.

El laud español *Santo Cristo del Grao*, que salió de Barcelona el 20 de Agosto y llegó el 23 al lazareto, tuvo cuatro invasiones de fiebre amarilla, de las que tres tuvieron funesto resultado.

El bergantin español *Tellus*, procedente de la Habana, de donde salió el 21 de Junio con cargamento de azúcar, palo y tabacos, llegó á Mahon el 25 de Agosto con patente limpia. En este buque murió á los cuatro dias de su salida de la Habana un individuo y á los ocho otro. En cuarentena tuvo seis invasiones y seis muertos.

Cita el Sr. Roger otra infinidad de casos, que prueban el contagio de la fiebre amarilla y la conveniencia de las cuarentenas.

Desde principios de siglo, que la fiebre amarilla hizo su entrada en Cádiz, casi siempre ha coincidido su aparicion con la llegada de algun buque.

No entramos en mayores detalles, por no ser oportunos del asunto, y solo hemos iniciado esta cuestion por lo intimamente enlazada que se encuentra con el primordial objeto de la presente Memoria.

RESÚMEN.

Hemos dado á conocer los desinfectantes y los medios de saneamiento en todos aquellos casos que

(1) Actas del Congreso médico español de 1864.

con más frecuencia pueden ofrecerse motivos de aplicacion de estos conocimientos. En el siguiente cuadro se presentan reunidos los diversos agentes quimicos de que hemos hecho mérito, sencillamente clasificados, á fin de poder de un golpe de vista tener presentes todos los cuerpos de que hoy se hace uso, para resolver el importante y trascendental problema de la desinfeccion.

CLASIFICACION DE LOS DESINFECTANTES.

Sustancias inorgánicas:

- Cuerpos simples. { Cloro.
- { Iodo.
- { Carbono.
- Acidos..... { Acido sulfuroso.
- { — nítrico.
- { — hiponítrico.
- { — hipocloroso.
- { — clorhídrico.
- Alcalis..... { Potasa.
- { Barita.
- { Cal.
- Sales..... { Cloruro zincico.
- { Cloruro férrico.
- { Sulfato ferroso.
- { Sulfato zincico.
- { Hiposulfito sódico.
- { Nitrato plúmbico.
- { Hipoclorito cálcico.
- { Hipoclorito sódico.
- { Permanganato potásico.

Sustancias orgánicas:

- Acido acético.
- Acido fénico.
- Eter.
- Aceites esenciales de plantas aromáticas.

APÉNDICE.

BIBLIOGRAFÍA.

De grande utilidad es el conocimiento bibliográfico en todo género de asuntos científicos ó literarios, pero en el presente escrito se hace más necesario, porque corresponde su dominio á más de una ciencia, y la consulta de las diferentes obras ha de practicarse con algun método, si ha de producir resultados fructíferos.

Necesítanse obras de química en primero y principal término, tanto inorgánica, como orgánica y analítica; la fisiología, la terapéutica, la higiene con bastante extension, la patologia tanto interna como externa, los formularios y farmacopeas son indispensables en el desarrollo de una monografia acerca de los desinfectantes.

Citaremos, pues, las obras que principalmente

hemos consultado para lograr la terminacion de este trabajo, en el cual hay bastantes observaciones propias, y comprobadas por nosotros gran número de las que citamos.

OBRAS DE QUÍMICA.

Tratado de Química general, de Pelouze y Fremy, tercera edicion.

Tratado elemental de Química, por Jacob, Paris, 1867.

Curso elemental de Química, de Regnault, traduccion del Sr. D. Gregorio Verdú.

Química general elemental, por Cahours.

Tratado de Química inorgánica, teórico y práctico, por D. Rafael Saez Palacios.

Tratado de Química orgánica aplicada á la farmacia, por D. Julian Casaña (Barcelona, 1871), y la *Química orgánica* del Sr. Puerta.

Química orgánica, de Gerhardt (continuacion á la de Berzelius).

La Oficina de farmacia, de Dorvault (última edicion).

Cartas sobre la Química, de Liebig, traducidas por D. Ramon Torres Muñoz de Luna.

Química de Berzelius, traduccion de los doctores Saez, Palacios y Ferrari.

Química orgánica aplicada á la fisiología animal, á la patología y al diagnóstico, por el doctor Shützenberger.

Química médica, de Wurtz.

Historia de la Química, de Hoeffler (segunda edicion).

Historia de la Química, de Hermann Kopp.

Análisis química cualitativa y cuantitativa, de Fresenius (última edicion alemana).

Análisis química, de Herny y Rose (última edicion).

Diccionario de Farmacia, del Colegio de farmacéuticos de Madrid (1867).

El año científico, por Luis Figuier.

Anales de Química y Farmacia (publicacion periódica).

Anuario farmacéutico, de Reveil.

Principios de Química, de Naquet (segunda edicion).

Tratado de Química aplicada á la fisiología y á la terapéutica, por Mialhe.

OBRAS DE HIGIENE.

Higiene privada, por D. Pedro Felipe Monlau.

Higiene pública, por el mismo.

Tratado elemental de higiene privada y pública, por A. Becquerel (cuarta edicion, Paris, 1868).

Tratado de Higiene, por Miguel Levy.

Anales de Higiene pública y Medicina legal (Paris, publicacion periódica).

Diccionario de Higiene pública, de Ambrosio Tardieu.

Tratado de Higiene general, de Motard.

OBRAS DE FISIOLÓGIA, PATOLOGÍA Y MATERIA MÉDICA.

Fisiología, de Beclard.

Fisiología, de Hermann.

Fisiología, de Müller.

Terapéutica y Materia médica, de Trousseau y Pidoux.

Formulario oficial y magistral, de Jeannel (traduccion de los Sres. Gomez Pamo).

Diccionario de Materia médica, de Merat y De Lens.

Tratado elemental de Patología interna, de Ed. Monneret (traduccion de los Sres. Gassó y Tragó).

Patología interna y Terapéutica, de Niemeyer.

Nociones de Patología general, de Chomel.

Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas, traduccion del Sr. Losada y Somoza.

ESPECIALIDADES.

De los desinfectantes y sus aplicaciones á la Terapéutica, por O. Reveil.

Propiedades desinfectantes de los permanganatos alcalinos, por Henry Bollmann Condry.

Nuevo método de purificar absolutamente y en poco tiempo una masa de aire infecto, por Guyton de Morveau.

Actas de las sesiones del Congreso médico español, celebrado en Madrid en 1864.

Del coaltar saponinado, por Lemaine.

De los desinfectantes y sus aplicaciones á la Terapéutica y á la Higiene, por Chalvet.

Además, las colecciones de la mayor parte de los periódicos de Medicina, Farmacia y ciencias auxiliares que en España y Francia se publican, nos han suministrado algunos interesantes artículos acerca de la desinfeccion y desinfectantes.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

DOS JUEVES SANTOS.

I.

Había mesa de petitorio en San Ginés.

La Condesa dió dos golpecitos con sus diminutas manos en la bandeja de plata que tenía delante; y Fernando, que entraba con su madre en el templo á rezar la estacion, volvió la cara hácia donde sonaba el ruido.

—Ahí está nuestra vecina,—dijo.

Y como si temiera que su respetable madre no le hubiese oído, repitió:

—Ahí está nuestra vecina la Condesa, mamá. ¿Quiere usted que le deje cinco duros en la bandeja?

La señora de Villa-Rosa no contestó. Siguió andando en dirección al altar mayor, saltando hábilmente por entre los grupos de mujeres arrodilladas. Fernando tenía mucho respeto á su madre y no quiso insistir. Siguió con ella iglesia adentro... pero en aquel instante mismo, la Condesa volvió á dar dos golpes con sus diminutas manos en la bandeja, y, ó fuera que á Fernando le diese vergüenza haber pasado de largo, fuera que tuviera sus pretensiones al enojo de la encantadora pedigüeña, ello es que se le figuró que estos dos segundos golpes habían sido más fuertes que los primeros.

Los nervios sontan imperiosos en sus exigencias, que no es de extrañar que Fernando se detuviera y volviese á mirar hácia la mesa de petitorio.

Su madre no podía notar esto. Se había arrodillado y rezaba.

Fernando volvió pasos atrás, se dirigió resueltamente á la mesa y arrojó sobre la bandeja una moneda de cinco duros, que cayó con estrépito entre tantas otras. ¡Pobre muchacho! Para hacer esta limosna se puso tan colorado, que la Condesa se hubiera echado á reír á no estar en aquel momento más colorada todavía que su vecino.

En el estado de confusión en que Fernando se hallaba no pudo notar que había otra señora con la Condesa.

Esta otra señora le dijo:

—Muchas gracias, pollo, muchísimas gracias. No esperábamos ménos de un Villa-Rosa.

Fernando fué á contestar ¡sabe Dios qué! alguna tontería, porque no estaba para floreos entónces. La señora le sacó del aprieto con una nueva pregunta:

—¿Cómo está su madre de usted?

—Está bien, gracias,—respondió Fernando.

Y al mismo tiempo señaló hácia donde su madre se hallaba.

La Condesa no levantaba los ojos de la bandeja de plata donde acababa de arrojar Fernando su flamante moneda.

—Es de ley, no temas,—le dijo la señora comunicativa, riendo.

Y dirigiéndose á Fernando:

—¿Verdad, pollito, que la moneda es buena? --preguntó.

Fernando sonrió por única respuesta. La Condesa sonrió también, levantó la cabeza, y miró á Fernando.

A pesar de que nunca es prudente asegurar la edad que puede tener una mujer, yo creo ser equi-

tativo diciendo que la Condesa no llegaba á los veinticinco años.

Era rubia, como lo son ya todas las madrileñas.

Pero ella lo había sido siempre. Había en su fisonomía una dulzura de las que llama mi buen amigo Florentino Sanz *rafaelinas*.

Cuando sus ojos se fijaron en Fernando, sintió éste que se le agolpaba de nuevo la sangre al rostro. Su madre, la señora de Villa-Rosa, viuda de un mejicano millonario, no había permitido nunca á Fernando que se separase de ella. Un día que el muchacho le pidió permiso para ingresar en el *Veloz-Club*, la madre tuvo un ataque nervioso que puso en peligro su vida. La Condesa habitaba el cuarto principal de la casa en que vivía la señora de Villa-Rosa con su hijo. Esta casa era propiedad de la viuda, que ocupaba el principal de al lado, y Fernando ¡oh prosa de la vida! había bajado durante seis meses todos los días primeros á cobrar el alquiler del cuarto, importante cien duros, más cuarenta reales por la luz de la escalera.

Como la casualidad es caprichosa, siempre que Fernando bajó á presentar el recibo firmado por su madre, tuvo la desgracia de ser recibido por la Condesa, lo cual le produjo insomnios, dolores de estómago y aborrecimiento del álgebra de Cirodde y de la geometría analítica de Lefebourg de Fourcy, libros que debía estudiar para ser ingeniero.

La viuda de Villa-Rosa había pensado varias veces en echar de la casa á la Condesa su vecina bajo el frívolo pretexto de que tenía un perro *lupetto* que ladraba de noche, y un piano que sonaba todo el día (porque la Condesa componía música), y unas ventanas al patio que caían frente á las del cuarto de Fernando, y qué sé yo cuántas inconveniencias por el estilo. Además, el cuarto de la Condesa rentaba poco, y pudiera ser que otro inquilino pagara más; por otra parte, la Condesa, según malas lenguas, había venido á ménos, y un inquilino que viene á ménos...

Para todas estas razones tenía otras tantas Fernando, con las que quería probar á su madre que no había mejor vecina en la casa.

—Es una viudita,—decía Fernando,—que no recibe gentes en su casa. Su conducta es ejemplar, y nadie murmura de ella. Vive sola con sus criados. Se pasa las horas muertas tocando *pianísimo*, música de Haydn ó *zorricos* provincianos, á que parece muy aficionada. Posible es que el Conde, su difunto, no le haya dejado gran fortuna; pero mientras pague puntual...

Y así estaban las cosas, cuando llegó el Jueves Santo y sucedió lo que al principio hemos referido. La Condesa y Fernando se saludaron en cuanto ella levantó la cabeza. La señora de Montes, que así se llamaba la que acompañaba á la Condesa, había

logrado, por fin, que los dos vecinos se hablaran.

—¿Cómo está usted, vecina?—dijo Fernando dando la mano á la Condesita.

—¿Y usted?...—contestó ésta alargando su mano de niña.

En aquel momento llegó á la mesa un caballero alto, fornido, vestido de negro, con grandes cuellos derechos, patillas negras, cejas pobladísimas, cabellera áspera y embadurnada de pomada que trascendía; é interrumpiendo la conversacion, dejó caer una onza en la bandeja y se retiró, no sin mirar ántes fijamente á la Condesa, y turbando el silencio del templo con el ruido de sus tacones.

La Condesita no pudo ser indiferente á la presencia momentánea de aquel extraño personaje. Lo siguió con la mirada. Fernando hizo lo mismo. La señora de Montes dijo:

—¡Siempre el mismo!

—¿Quién es?—preguntó la Condesa.

—Es un Sr. Salzete,—dijo Fernando,—americano, inmensamente rico, que se pasa la vida arrojando dinero sobre piedra.

—¿Y por qué sobre piedra?—preguntó la de Montes inocentemente.

—Porque suena.

La Condesa seguía mirando al americano estrepitoso, que se había parado en medio de la iglesia y miraba desde léjos á la mesa de petitorio, acariciándose con petulancia sus hermosas patillas negras. Fernando miraba á la Condesa con extrañeza. La señora de Montes, como si no hiciera alto en aquella escena muda, comenzó á dar golpecitos con la mano en la bandeja de plata, excitando la caridad de los católicos. A todo esto, la señora de Villa-Rosa había concluido de rezar, se había levantado y echado de ver que su hijo no estaba detrás de ella, como suponía; le buscó con la vista y le vió de pie delante de la mesa donde estaba sentada su vecina. En la imposibilidad de llamarle en voz alta, tuvo intenciones de ir á buscarle, pero esto le pareció escandaloso. Entónces miró á su alrededor como si buscara una persona conocida. Se detuvieron sus miradas en el caballero americano, que estaba mirando aún á la Condesa; y acercándose á él le dijo algunas palabras en voz baja.

El desconocido volvió á acercarse á la mesa de petitorio. La Condesa bajó los ojos. La señora de Montes se hizo la distraída. El americano tocó suavemente el hombro á Fernando, que estaba abstraído en la contemplacion de la Condesita, y le dijo en voz alta, que turbó el silencio del templo é hizo volver la cara á cuantas personas había cerca de aquel sitio:

—Mocito: su mamá le llama.

Fernando se volvió colérico, avergonzado al verse tratar como un niño. Quiso contestar algo; pero

vió á diez pasos la respetable figura de su madre, que le hizo una seña imperativa para que volviera á su lado. Venció el respeto á la cólera. El pollo saludó lleno de confusion á la Condesa y á su amiga, y fué á reunirse con la viuda de Villa-Rosa. El americano se quedó parado junto á la mesa.

Esto sucedía el día de Jueves Santo del año pasado.

II.

¿Será preciso que el lector sepa hasta dónde llegó el furor de la madre y las cosas que dijo? Seguro estoy de que el lector ha adivinado el sermón de Viernes Santo que la viuda de Villa-Rosa predicó á su hijo único.

Pasaron quince días, durante los cuales la condesa no se asomó, como tenía por costumbre, á las ventanas fronterizas de las del malogrado ingeniero. El álgebra de Cirodde estaba llena de polvo. La geometría analítica era presa de profundo letargo. En el reloj de las estaciones acababa de sonar Abril. A los veinticuatro años, en Abril, con una vecina ideal y una imaginacion mejicana; ¿cómo es posible que el hijo de una viuda millonaria pueda dormir sosegadamente? Fernando no durmió en aquellos quince días; cuando llegó el de cobrar la renta de la casa, le dijo á su madre:

—¿Quiere usted que pase á presentar el recibo á la Condesa?

—No,—respondió la opulenta mejicana con acento de ira.—Este mes se ha encargado del cobro de mis rentas todas el señor de Salzete.

Fernando se puso muy pálido, y se retiró á su cuarto. El señor aquel á quien hemos visto arrojar una onza sobre la mesa de petitorio, era amigo antiguo de los Villa-Rosa. ¿Por qué se convertía ahora en administrador de la viuda? Si hubiera sido un amigo íntimo, á quien Fernando hubiera visto con frecuencia en la casa, el cargo de administrador recayendo en dicho caballero no le hubiera sorprendido... ¡pero esta novedad era tan sorprendente!

Inquieto, desasosegado, calenturiento, Fernando se acostó y se arrebujó entre las sábanas, renegando del dinero y de quien lo invento, que debió de ser algun pobre sin duda ninguna. La oposicion de la viuda de Villa-Rosa al enlace de su hijo con la vecina, no reconocía otra causa que la diferencia de fortuna. La viuda era condesa de Arezzo; pero todo el mundo sabia que este título se lo dió el Papa á su difunto esposo en cambio de una suscripcion verificada en España para las necesidades de la Santa Sede. Antes de ser Conde el difunto, no tenía más renta que su sueldo en el Consejo de Estado.

Si Fernando, en lugar de desesperarse entre sába-

nas, hubiera aplicado el oído á la pared que separaba su cuarto del de la vecina, habría oído el siguiente diálogo entre la Condesa y su íntima amiga la de Montes, que acababa de llegar de la Opera:

—¿De quién será esta carta?

—No conozco la letra.

—Ni yo; pero puesto que es para tí, ábrela, y leyéndola saldrás de la duda.

Momentos de silencio.

—Es un anónimo.

—Rómpelo. Será una serie de insultos como se suelen escribir en estos casos.

—¡Oh, no! Es una declaración de amor.

—¿Vráiment?

—Oye.

Y la condesita leyó lo que sigue:

«La persona que arrojó una moneda de oro sobre la bandeja de la mesa de petitorio en San Ginés hace ocho días, no se atreverá nunca á ser indiscreta diciendo á usted galanteos que usted no suele admitir, según pública voz. Pero en cambio tendrá el valor de decir á usted por escrito lo que de palabra parecería más bien un asunto comercial que un diálogo amoroso. Dicha persona tiene una renta que la opinión pública llama colosal, y ha dado en la manía que usted disfrute la mitad de esa renta. ¿Ha de ser á usted difícil contestar á esta carta anónima con otra? La persona susodicha cree que no, porque está seguro de que el día de Jueves Santo mereció que usted se fijara en ella.»

—¿Y bien?—preguntó la Condesita.

—Que no entiendo una palabra. Mejor dicho, que no sé quién te escribe.

—No es fácil. Fueron dos las personas que me dejaron monedas de oro en la bandeja.

—De donde resulta que no puedes saber quién te quiere hacer rica.

—Ni lo quiera Dios.

—¿Por qué?

—Porque yo nunca he deseado serlo.

—Yo nunca he comprendido á los pobres.

—Cada cual tiene sus manías.

—¿Es claro! ¿Qué resuelves sobre esa carta?

—Romperla.

—Yo no la rompería. Adivinaria quién me la había escrito.

—Y una vez adivinado...

—Contestaría.

—Pero eso es muy fuerte.

—¡Psh!

Después de unos momentos de pausa, la de Montes se despidió de la Condesa, y ésta se puso á escribir, llenando de *pattes de mouche* una diminuta esquela timbrada con una corona condal sobre una M.

III.

¿Creeis que Fernando durmió? Creeis en lo imposible.

Por la mañana entró en su cuarto un criado con un paquete de cartas y tarjetas.

Aquel día cumplía Fernando veinticinco años.

Sus amigos le felicitaban. Veinte ó treinta tarjetas encerradas en otros tantos sobres le vinieron á probar que á lo menos una vez al año tenemos la satisfacción de que veinte ó treinta personas se acuerden de nosotros para celebrar que envejezamos. Fernando leyó todas las tarjetas con impaciencia grande.

—¿Qué descortesía!—murmuró.

Efectivamente, la descortesía de la Condesa era evidente. Fernando le envió su tarjeta el día de Santa Margarita. Ella no había leído en *La Correspondencia* el santo del día.

Iba á leer las cartas, cuando entró en el cuarto su madre. Venía á darle los días. Traía en un estuche de terciopelo azul una preciosa botonadura de brillantes. Era su regalo. Fernando abrazó á su madre, dándole las gracias, y al mismo tiempo pensó que de aquellos brillantes se podrían hacer unos pendientes lindísimos...

Detrás de la viuda Villa-Rosa entró Salzete con otro caballero.

—Hijo mio,—dijo la viuda;—es preciso que se cumpla la voluntad de tu padre. Debo hacerte entrega de tu patrimonio el mismo día en que cumplas veinticinco años, ántes de las doce de la mañana. El Sr. de Salzete, uno de los albaceas, y este caballero, que es el notario que él me ha recomendado, te pondrán ahora mismo en posesión de tu fortuna.

Tal vez en otra ocasión Fernando se habría alegrado en el alma de verse convertido en millonario. Pero ahora... ahora no podía comprender el valor del dinero. Acababa de abrir una de las cartas que tenía sobre la mesa, y había visto que estaba timbrada con una M., colocada debajo de una corona condal. Le dió un vuelco el corazón. Recibir la primera carta de una mujer á quien se ama es cosa tan grave, que entre leer el acta que el notario tenía extendida, ó la carta de la Condesita, optó por lo segundo.

—Está bien...—balbucéo:—yo agradezco... yo... siéntese usted... voy al momento...

El notario se sentó. Fernando comenzó á leer la carta. Él no le había escrito á la Condesa. Sin embargo, ella le escribía á él...

Mientras el notario limpiaba una pluma y Fernando leía con avidez aquellos encantadores garrapatos, la señora de Villa-Rosa y Salzete cambiaron estas palabras en voz baja:

—¿Ha estado usted ahí al lado?

—Sí, señora.

—¿Ha cobrado usted?

—Sí, señora.

—¿Qué ha dicho la Condesa?

—No la he visto.

—¿Cómo!

—No me ha recibido. Un criado salió con el importe de alquiler... es un desaire que no le perdonaré nunca á la viudita. Yo no pude esperar que no me recibiera.

—¿Por qué?

—Porque yo le había escrito una carta anónima que no podía dudar de que era mía. Verdad es que el criado que me ha dado el dinero me ha dado también una carta.

—¿Ah!

—Una carta que dice:—«Renuncie usted á su renta, y nos entenderemos.»

—¿Cosa más rara!

—¿Figúrese usted! Renunciar yo á mi renta para que atienda ella mis pretensiones á su mano... esto es demasiado novelesco.

En esto estaban Salzete y su amiga, cuando observaron que Fernando y el notario hablaban de algo interesante. Los ojos de Fernando brillaban como ascuas. ¡Había leído la carta de la Condesa!

La carta decía:—«Renuncie usted á su renta y nos entenderemos.»

Era, pues, completamente igual á la que había recibido el americano. La Condesa, en la duda de quién pudiera ser su pretendiente, había escrito dos cartas iguales.

Fernando le había dicho al notario:

—Sirvase extender un documento por el cual ceda yo mi patrimonio á todos los hospitales de España.

Estas palabras produjeron una discusión acalorada.

La señora de Villa-Rosa se opuso al acto de generoso desprendimiento, preguntó las razones que lo motivaban: Fernando no dió razon ninguna. Salzete quiso intervenir; Fernando le dijo cortésmente que no se mezclara en asuntos ajenos. Estaban sonando las doce cuando Fernando firmó la donación. Desde aquel momento, el hijo de los Villa-Rosa, célebres en Méjico por sus riquezas, quedaba reducido á la condicion de un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto.

IV.

La renuncia hecha por Fernando á su patrimonio hizo tanto ruido en Madrid, que durante un mes no se habló de otra cosa.

Comenzaba el verano. La señora de Villa-Rosa no estaba en Madrid.

Los disgustos que entre ella y su hijo hubo durante los dos primeros meses despues de la donación hecha por Fernando á los hospitales, dieron por resultado una separación que debía ser muy larga, á juzgar por el enojo de la viuda. Su hijo era un loco, según decía, un manioto, un desdichado. Le abandonó á su suerte y volvió al suelo patrio.

El americano seguía haciendo el amor á la Condesita, á pesar de sus desdenes y de haber comprendido que Fernando le había dado una lección renunciando á su fortuna. ¡Pobre Fernando! Estaba en plena posesión del corazón de la Condesita hacía mucho tiempo; pero ¿cómo la llamaría su esposa? ¡Estaba tan pobre! Por su parte, ella no parecía muy dispuesta á ser su mujer. Dos ó tres veces le había indicado Fernando lo feliz que sería llamándola suya. La Condesa parecía no dar importancia á estas palabras. Las visitas de Fernando á su casa eran tan frecuentes, que las gentes comenzaban á murmurar de esta intimidad. Hasta la íntima amiga de la Condesa, la señora de Montes, había murmurado de ella y no frecuentaba la casa. Fernando estaba tan macilento, tan pálido, tan descompuesto, que parecía ser presa de alguna de esas enfermedades crónicas que no impiden salir á la calle, pero que anuncian un próxima catástrofe. Se había alejado por completo del círculo de sus amigos; vivía modestamente en un cuarto piso de la calle de Jardines, donde pasaba las noches en claro, pensando que los enfermos de todos los hospitales de España debieran estar muy bien asistidos... ¿Le pesaba lo que había hecho? Esto es lo que nadie podía saber. ¿Quién pudiera averiguar lo que sucedía en lo interior de la casa de la Condesa en aquellas largas horas que pasaba en ella Fernando? Los vecinos solían oír el piano con frecuencia, pero las melodías eran lentas, monótonas, como arrancadas á las teclas por una mano perezosa. Dijérase que Fernando y la Condesa estudiaban el solfeo. Salzete seguía siendo el administrador de la viuda de Villa-Rosa. Nunca logró ser recibido cuando fué á cobrar los alquileres del cuarto de la viuda. A principios de Abril de este año, el americano se presentó como de costumbre, con su recibo, y su asombro no reconoció límites cuando el criado le dijo que esperase, que la señora iba á salir al momento. En efecto, la Condesa se presentó en el salón y le saludó friamente.

—Caballero,—le dijo,—puede usted anunciar á la dueña de la casa que desde principios del mes que viene tiene el cuarto á su disposición.

—¿Se marcha usted?

—Sí, salgo para el extranjero despues de la Semana Santa.

Salzete intentó decir algunas galanterías. La condesa le cortó la palabra. Fernando se asomó por detrás de una *portiere*, y le dijo:

—Hola, señor de Salzete, celebro ver á usted. ¿Sigue usted tan rico?

Esta pregunta era un insulto para un hombre que amaba su riqueza ante todo. No contestó.

Fernando siguió preguntando:

—¿Estuvo usted anoche en la Zarzuela?

—Sí, allá estuve...

Y Salzete buscaba con la vista su sombrero.

—¿Qué le pareció á usted la obra nueva?

—Muy linda; se aplaudió en extremo, y no se sabe de quién es la música.

—Es mia,—dijo la Condesa.

El americano se echó á reír.

—No comprendo esa risa,—dijo la Condesa.—

Puede usted escribir á la señora de Villa-Rosa, que durante un año su hijo se ha ocupado en escribir una zarzuela en tres actos que yo he compuesto y él ha firmado, y que con sus productos nos casamos dentro de quince días. Dígale usted también que no se necesita ser heredero de un millonario para vivir cómodamente cuando una se contenta con lo necesario. Dentro de poco saldremos para Italia, donde tengo unas tierras, que pensamos vender para vivir hasta que Fernando dé al teatro su segunda *partitura*. Usted, que vive en el gran mundo, puede contar á los que hasta ayer fueron nuestros amigos, que también entre nosotros se cumple el proverbio del pan y la cebolla. Adios, amigo mio.

Salzete salió.

Poco despues era pública la boda de los dos vecinos.

Los enfermos de todos los hospitales de España están mejor asistidos, y Fernando es músico, cuando ménos se lo figuraba. ¿Hubiera sido tan feliz con la inmensa fortuna de su padre como con la mano de la Condesita y los aplausos del público inteligente?

Las personas que ayer mañana entraron á rezar la estación en San Luis observaron á una preciosa jóven que daba dos golpecitos de cuando en cuando sobre la bandeja de plata que había en la mesa de petitorio. Cada vez que daba estos dos golpecitos se volvía á mirar á un caballero que, de pié junto á ella, parecía un centinela de vista. Era Fernando, que quiso que la Condesa volviera á pedir este año para recordar las escenas del año pasado.

—¿Has estado allá?—le preguntó su mujer.

—Sí. Vengo del telégrafo de poner un despacho á mamá anunciándole la boda y pidiéndole nuestro regalo.

En aquel momento entró en la iglesia Salzete, que no ha cesado en sus pretensiones, y arrojó cuatro onzas en la bandeja.

La Condesa ni levantó la vista siquiera.

EUSEBIO BLASCO.

VIAJE SOBRE UNA BALLENA.

AVENTURAS DEL CAPITAN ROBERTO KINCARDY.

(Continuacion.)

CAPÍTULO VII.

LAS BALLENAS.

La ballena capturada era uno de los más hermosos ejemplares de la especie conocida con el nombre de *ballena franca*. Tenia 26 metros de longitud, y debía pesar lo ménos 50.000 kilogramos. Al lado de estos gigantes de los mares, ¿qué son los caballos normandos, los bueyes de carga, los elefantes y los hipopótamos? Y, sin embargo, á pesar de su colosal talla, las ballenas han escapado casi por completo á las investigaciones de la ciencia. Hasta hace muy poco tiempo no se han reunido los datos para formar una monografía pasable, y eso se ha debido á los elementos proporcionados por Scoresby y más detalladamente estudiados por G. Cuvier.

Ningun animal ha dado lugar á mayor número de fábulas y de cuentos absurdos. Bien es verdad que las leyendas de Jonás y de Simbad el Marino, leyendas creadas por la rica imaginacion oriental, repetidas de edad en edad, fueron aceptadas durante mucho tiempo como artículo de fe, y con ellas se contentaron algunos naturalistas, que preferían relatar ciertas tradiciones á tomarse el trabajo de examinarlas. La pesca de estos cetáceos se remonta á los tiempos antiguos, casi á los tiempos fabulosos, pues Aristóteles, Plinio, Strabon hablan ya de ellas, y refieren que los Fenicios, los Cartagineses, los Griegos y los Romanos perseguían á la ballena en el gran Océano y en otros mares. El divino Homero no nos ha trasmitido noticia alguna; pero Homero era poeta, y ya sabemos la poca importancia que conceden los poetas á las cuestiones de ciencia y tecnologia. Pegaso consiente muy rara vez descender á la tierra, y por tanto, mucho ménos al mar.

Una prueba de que los antiguos conocían la ballena, es que dieron su nombre á una constelacion. Neptuno se prendó de los encantos de la bella Andromeda y quiso casarse con ella, pero la jóven le rechazó, é irritado el Dios acuático, la envió un *kétos* para robarla, y, si no podia, para que la devorase. Felizmente, se presentó Perseo, que dió muerte al monstruo marino, al que Neptuno, en recompensa, colocó en el cielo. Confieso francamente que este *kétos* me parece un animal apócrifo, porque una ballena ansiosa de carne humana, y disponiéndose á tragarse de un solo bocado á una princesa infortu-

* Véanse los números 178, 179 y 180, pág. 124, 155 y 182.

nada, es una ballena bien rara; pero, en fin, en griego, la palabra *kétos* ó *mystikitos* significa ballena, y Neptuno, no cabe duda que debía ser inteligente en pescados. Bochart, ese ilustre sabio del siglo XVII, que pretende que todas las lenguas tienen por origen la lengua fenicia, hace derivar el nombre ballena de la palabra fenicia *baal-nun*, que quiere decir rey de los pescados ó rey de la mar.

Las disertaciones etimológicas no han adelantado gran cosa, puesto que Cuela-Mosto, el navegante que descubrió las islas de Cabo-Verde; el Padre Fournier, autor de un tratado de Hidrografía, y Gessner, el naturalista, aceptaron las versiones más exageradas, y representaron al cetáceo soplador como una isla flotante cubierta de algas y moluscos, con las aletas más grandes que las alas de un molino de viento, y la cabeza del tamaño de una catedral. Aldrovanchi, sucesor de Plinio y precursor de Buffon, disminuyó esta talla colosal, pero se dejó llevar en sus descripciones de todos los inconvenientes de una brillante fantasía. Nada hay tan curioso como las ballenas que pintaron los artistas que colaboraron en su *Historia natural*. Tal las pintaban y de tal manera, que su aspecto terrible y amenazador, sobrepujaba á todo cuanto puede inventar la imaginación para figurarse los dragones y las hidras. Parece que aquellos dibujantes se han inspirado en las *Tentaciones de San Antonio*, del gran Callot.

Los occidentales no se quedaron atrás, y según estos, no es raro encontrar ballenas tan largas que necesita un buque tres días para ir de la cabeza á la cola. ¡Tres días! Un libro del Celeste Imperio, el respetable tratado *Tsi-hi-ai*, afirma formalmente que la ballena *Pheg* tenía cuatrocientas cincuenta leguas de largo, y que la mar se conmovía y estallaba horrible tempestad cuando se movía. Los árabes, que han descubierto el *Roc*, ese pájaro tan monstruoso que cubre la luz del sol y deja provincias enteras en la oscuridad cuando extiende sus alas, los árabes no podían quedar detrás de los chinos. Así es que nos dicen que una ballena sostiene á la tierra como Atlas sostiene el cielo; y hé aquí lo que es una existencia frágil. Un día, el demonio aconsejó al cetáceo que se deshiciese de su carga y destruyera á la humanidad, á esta humanidad tan pícará, tan orgullosa, tan llena de vicios y más bestia tal vez que el animal que la sostenía. Habiendo convencido á nuestra madre Eva, no fué difícil al demonio convencer á la ballena. Escuchó los razonamientos del rey de los infiernos, y se dispuso á lanzar la carga, é iba ya á precipitarla en los espacios, cuando felizmente llegó Alá, el que, castigando al tentador, restableció las cosas á su estado primitivo.

Por aquella vez sólo hubo algunos temblores de

tierra y diluvios parciales; pero, como se ve, la existencia de la humanidad no está entregada á las mejores manos.

Por último, Federico Martens, cirujano á bordo del *Jonás en la ballena*, ballenero mandado por Pedro Peterson, de Friseland, dió en 1674 una reseña bastante exacta de la ballena, y algunos datos sobre sus costumbres. Desde entonces se abandonó la fábula, y la ciencia ocupó su debido lugar. Después de Martens vinieron Villughby, Ruy, Artedi, Linneo, Gouan, Bloch, Buffon, Lacepede, que procuraron desembrollar la cuestión ballenera; pero las nociones que dieron están llenas de errores, que disipó el célebre Scoresby, después de algunos años de observación, siendo ya más fácil á Cuvier allegar nuevos datos auténticos, y describir los principales caracteres que distinguen á este grupo de cetáceos.

De cualquier manera que sea, hoy se sabe que la ballena no es un pescado, sino un mamífero vivíparo, que amamanta á su cría y que respira como nosotros por medio de pulmones, lo que la obliga á salir fuera del agua para renovar la provisión de aire. Su cuerpo no está cubierto de piel ni de escamas; es una especie de cuero liso, negro y espeso, debajo del que tiene como un pie de lardo. Esta primitiva descripción de Belon es bastante aproximada á la verdad. Solo olvida consignar que la ballena no tiene más que dos aletas en la parte anterior, que su cola es horizontal como la de los pájaros, y que su boca, completamente desprovista de dientes, tiene en la mandíbula superior sobre unas setecientas láminas transversales ó barbas, de materia fibrosa, puntiagudas, que cierran las unas con las otras, y que en el lenguaje del comercio se llaman *ballenas*, teniendo muy diversas aplicaciones.

Hé aquí su físico; pasemos á la parte moral. A pesar de su fuerza prodigiosa, la ballena es tan tímida, que rara vez da la cara á sus enemigos, ya sean los hombres ó animales. Atacada, busca su salvación en la huida y no se defiende heroicamente más que al arrebatarse la prole, ó sobreexcitada al verse herida.

En la primavera, las ballenas se encuentran en gran número formando verdaderas bandadas. Cuando una intimidad algún tanto viva se establece entre un macho y una hembra, esta pareja se aísla de toda la bandada; pero el macho es monógamo por muy poco tiempo, y no tarda en abandonar á su compañera para volar, ó, mejor dicho, nadar, en busca de nuevas conquistas. La gestación de la hembra es de diez meses, según unos, y de más de un año, según otros; y este monstruoso cetáceo lanza al mundo un hijo de seis á nueve metros de largo, á quien amamanta y cuida con especial

solicitud. Toussenel se ha fijado en este amor maternal tan poderoso para establecer una distinción marcada entre los pescados y las ballenas.

«Basta en efecto, dice el ilustre autor del *Espíritu de las bestias*, ver que los cetáceos amamantan á sus hijos, para crear de un sólo rasgo de pluma un abismo inmenso entre los dos órdenes; bien entendido que no hay comparación posible entre la ballena que alimenta á su hijo con su propia sangre, le lleva sobre su dorso para evitarle toda fatiga, le rodea de afecto y de cariño y le defiende con rabia, y la estúpida carpa, que pone sus huevos sin saber dónde, ó el sollo, sin entrañas, que lleva su indiferencia por la prole hasta devorarla. La ternura maternal es un sentimiento sublime que confiere inmediatamente á las especies un título superior, como el oro abrillanta y da valor á los metales impuros con quienes se halla aleado. Me admiro cómo á un genio poético y claro como el de Buffon no ha herido lo poderoso de esta consideración.»

Y es que Buffon escribía desde su gabinete, mientras que Levaillant, Audubon, Scoresbi, los hermanos Verreaux y otros muchos naturalistas se destrozaban viajando para examinar concienzudamente los animales que no tenían al alcance de su mano. No se describe bien sino aquello que hemos visto por nosotros mismos. Blanchere, que conoce tan bien á los pescados, pasa por un entusiasta pescador de caña.

Los sentidos de la ballena parecen poco desenvueltos. Los ojos, tan grandes como los de un buey, están mal colocados y cubiertos con párpados con grandes pestañas. El oído no es tan obtuso como se creía. El doctor Thiercelin se ha asegurado de que el órgano auditivo percibe fácilmente los ruidos producidos en el agua. No le falta olfato, y en cuanto al tacto lo tiene en las aletas. Sin embargo; «si una embarcación tropieza la piel de la ballena ó cachalote, el animal se estremece, se sumerge ó cambia de dirección» (1), y por último el sentido del gusto es casi nulo.

Las ballenas tienen la abertura del exófago excesivamente estrecha: así que estos gigantes, que desde la catástrofe acaecida á Jonás gozaban de una reputación inmerecida de glotones, tienen que buscar su alimento en las especies más pequeñas del reino animal. Se alimentan de pescados pequeños, de zoófitos, de crustáceos y moluscos, de los que tragan grandes cantidades. Cuando quieren comer abren su boca, boca de seis ó siete metros, para aspirar su presa. Los gusanos y moluscos se precipitan en ella con la masa de agua que los contiene. La ballena entonces cierra la boca, y el agua, tamizada á través de las filas de barbas, deja aprisiona-

dos á aquellos pequeños animales, que traga al punto para comenzar de nuevo la maniobra.

No arroja el agua por los espiráculos ó narices que sirven para introducir aire en sus pulmones y que están colocados en la extremidad superior de la cabeza. Durante la aspiración lanzan á muchos metros de altura dos columnas de vapor, mezcla de aire caliente y alguna pequeña parte de agua pulverizada. Para respirar la ballena se mantiene ocho ó diez minutos en la superficie del agua, y este es el momento que aprovechan los arponeros para atacarla; después se sumerge á una profundidad calculada en doscientos á trescientos metros, permaneciendo veinte, treinta y á veces cuarenta minutos bajo el agua; vuelve á subir, y realiza siete ú ocho aspiraciones con la misma regularidad anterior.

Las ballenas se dividen en tres grupos principales: *las ballenas propiamente dichas*, caracterizadas por no tener aletas sobre el dorso (ballenas francas, *balæna mysticetus*); los *ballenópteros*, que tienen una aleta dorsal (gibbar ó ballenóptero de vientre liso; *balænoptera gibbar*); y los *ballenópteros dudosos*, que tienen también aleta dorsal y cinco ó seis gibas situadas longitudinalmente en el hocico (ballenóptero moteado; *balænoptera punctata*.)

No hablaremos de la pesca de la ballena, de la que todo el mundo conoce la historia, y pueden leerse multitud de detalles técnicos en las relaciones de obras especiales. Solo diremos algunas palabras de los lugares que prefieren para estacionarse y de sus emigraciones.

Maury, y después de él gran número de sabios, afirman que los mares de los trópicos son unas barreras infranqueables para las ballenas. Esta observación, ¿es cierta? Se ha dicho que existen notables diferencias entre las ballenas australes y las boreales; creemos, sin embargo, que esas diferencias consisten en el tamaño, no en la especie. Puede decirse que de ayer data la seguridad para los pescadores y naturalistas de que el nord-caper (*balæna glacialis*) y la ballena franca, son una misma cosa.

Se ha repetido que las ballenas son animales de aguas frías. No negaremos que hay ciertos seres que tienen una marcada preferencia por las zonas glaciales; pero no podrán persuadirnos de que un animal que durante largo tiempo ha habitado nuestros mares, los de Portugal y Marruecos, y que se le encuentra todavía en las costas de Africa, Brasil, golfo de Panamá, isla de los Galápagos; no nos persuadirán, repetimos, de que sus aficiones especiales las constituyen los sitios cubiertos de hielo. Se objetará sin duda que los cetáceos de los trópicos y los de los polos no son de la misma especie; sea, pero las diferencias de su organización interior y exterior son tan poco perceptibles, que es inútil

(1) Doctor Thiercelin.

fijarse en esta consideracion. Se alimentan de igual modo, respiran lo mismo, tienen iguales usos y costumbres: ¿qué significa, pues, un aleta dorsal de más ó de ménos? Lamark y Darwin han explicado la accion de las influencias exteriores sobre los seres, y las modificaciones ó trasformaciones que crea esta accion.

Por ejemplo: la ballena de los mares templados ó calientes, perseguida por gran número de enemigos, más numerosos en las regiones tropicales que en las zonas glaciales, se ve obligada á huir para defenderse. Despues de esto, no hay que extrañar que sus formas sean más esbeltas. Además, frecuenta los inmensos arrecifes de coral, de los que los pequeños flotan en las aguas; pero otros penetran hasta el fondo en todas direcciones, y con agudas puntas. Cuando sube á la superficie para respirar, podrá herirse; pero la previsora Naturaleza, que la ha dotado de tan mala vista, la ha dado en compensacion una aleta dorsal que la avisa del peligro, y prevenida, se sumerge de nuevo y busca nuevo sitio para caminar.

Dicho esto acerca de las diferencias de aletas, examinemos las demas razones en que se apoyan para suponer que las ballenas son autótonas de los mares hiperbóreos. Como testimonio irrecusable invocan el calor de su sangre, el lardo que las rodea y el género de alimentacion. Y en esto nos encontramos en contradiccion con Toussenot, al que el afan analogista lleva á veces demasiado léjos. Hé aquí lo que dice el brillante escritor: «Si nos fijamos en ejemplos históricos y en las condiciones de los mares verdes, y vemos que la temperatura de la sangre de la ballena es ocho ó diez grados más caliente que la de los hombres, y que todas las partes de su cuerpo se encuentran aisladas del contacto del agua por una espesa capa de lardo, será preciso convenir en que la Naturaleza no ha armado al cetáceo de tan fuerte manera contra el frio, sino porque se le destinaba á vivir constantemente en los mares glaciales.»

Desde luégo, los mares verdes, es decir, aquellos en que abundan los zoófitos y los crustáceos de que se alimenta la ballena, se encuentran en todas partes, y principalmente en los mares intertropicales, regiones en las que la vida se manifiesta con más exuberancia. Las aguas del Golfo Stream están casi viscosas por la gran cantidad de animalillos que contienen.

En cuanto á la temperatura de la sangre y á la capa de lardo, no podemos admitirlas como pruebas concluyentes, atendiendo á que el cachalote que vive en la parte ecuatorial del Océano tiene la sangre tan caliente y casi tanto lardo como la ballena. Además, es de notar que los animales de mucho lardo pertenecen á climas templados. El

cerdo, el hipopótamo, el rinoceronte y otros muchos paquidermos, muestran su preferencia por las zonas tórridas.

La sábia naturaleza no economiza la grasa á los animales que han de vivir en el polo; pero, por regla general, los cubre de grandes y espesas pieles, capaces de desafiar al frio que congela el mercurio (-40° c.).

El lardo está destinado á otro objeto. No sobrecarga á los cetáceos; por el contrario, los aligera, disminuyendo notablemente su densidad y favoreciendo de este modo su locomocion. Se comprende, en efecto, que la ballena, desprovista de toda arma ofensiva, busque su defensa en la huida y que necesite una ligereza específica relativa á su masa y á su peso.

Despues de lo que precede conviene hacer constar que las ballenas, asustadas por los múltiples ataques del hombre, han abandonado los sitios que ántes frecuentaban y se han refugiado en los mares cercanos al polo, buscando su seguridad. Desgraciadamente, sus enemigos han sabido descubrirlas y perseguirlas.

Otra razon que confirma nuestros asertos y que demuestra claramente que estos cetáceos prefieren regiones ménos rudas y más hospitalarias, es su tendencia á desaparecer de nuestro globo. No hablo de la guerra irreflexiva que se la hace y que activa su destruccion, sino de las condiciones climatológicas que tanto influyen en su salud y en su reproduccion. Desde que están acorraladas en el círculo polar, desde que no pueden descender hácia el Mediodía para criar á sus hijos y amamantarlos tranquilamente, sufren y desaparecen. Los ballenatos crecen muy despacio ó sucumben atacados por una enfermedad que los americanos creen sea una especie de tisis pulmonal.

¡Así la jóven planta ecuatorial, trasportada bajo el brumoso cielo del Norte, pierde sus brillantes colores, inclina su tallo al suelo y muere!

Esta alusion elegíaca, poco nueva, pero siempre poética, ¿hará meditar á las naciones dedicadas á la destruccion de la ballena? Lo dudamos. En todo caso, está en su poder proporcionarse grandes riquezas para el porvenir. Que ofrezcan algunos millares de metros cuadrados de mar templado y un poco de sal al gigante, y este volverá á las condiciones normales de su existencia.

¿Hablaemos de la ballena como comestible? Para los esquimales es deliciosa. Los normandos y los sajones la comen. Los reyes de Inglaterra y su corte se regalan con esta carne aceitosa. El doctor Thiercelin afirma que ha comido trozos de ballena preparados con los brillantes seudónimos de beefsteaks, roast-beef, etc., etc.; pero algunos capitanes balleneros declaran que preferirían comer las

suelas de sus zapatos ántes que probar un bocado del cetáceo.

Bien puede, pues, asegurarse que para todo hay gustos en el mundo.

A. BROWN.

(Continuará).

MEMBRANA CELULAR.

(Continuacion.) *

Como se ve, tales fenómenos son los mismos que ofrecería una lámina birefringente colocada en iguales condiciones; y esto nos autoriza á decir que la membrana celular que envejece va adquiriendo al mismo tiempo las propiedades de la doble refracción.

Mas no se crea que en general estos fenómenos son aquí marcadísimos. La doble refracción de las membranas vegetales, que son las que hasta ahora la han mostrado (1), es sumamente débil: muy pálidos los colores de polarización que poseen. Hay, sin embargo, algunas excepciones. La mayoría de las células del liber, las del endosperma del *Phytalepha macrocarpa*, y las de la raíz del *Dasycladus clareiformis* son citadas en general como las que suministran mejores ejemplos de una enérgica birefringencia.

Los elementos histológicos que se encuentran en este último caso son hasta hoy en muy reducido número.

Mas ¿cuál es la significación de tales fenómenos?

Una vez desenvueltos en una membrana, ¿sufren nuevas modificaciones?

En el exámen de la constitución de las envolturas celulares veremos cómo puede contestarse á estas preguntas.

DIFERENCIACION QUÍMICA.—La membrana celular va cambiando poco á poco de naturaleza química.

Homogénea al principio, constituida primeramente, si podemos decirlo así, por una sola sustancia, se da despues en ella la aparición de otras varias cada vez en mayor número, y á cada instante de caracteres más separados de los de la fundamental que las origina. Esta diferenciación se realiza y cumple lo mismo en el reino animal que en el vegetal; pero así como hemos visto que en todo lo anterior referente á la membrana se notan ya diferencias entre uno y otro grupo epitelúrico, así también nota-

remos que se descubren estas, y aún se marcan más especialmente, en el asunto que ahora nos ocupa.

La envoltura de la célula animal parece hallarse generalmente constituida por una sustancia nitrogenada y proteica.

La de los elementos histológicos vegetales lo está por un hidruro de carbono que ha recibido el nombre de *celulosa*.

Acerca de la primera se conoce muy poco. En la mayor parte de los casos no puede considerársela, conforme hemos dicho en nuestro *Estudio físico del glóbulo sanguíneo*, sino como el resultado de la natural coagulación de la capa más externa de las masas albuminosas, que se halla en contacto inmediato con el aire y medio exterior, y más expuesta, por lo tanto, á las alteraciones.

Respecto á la segunda se poseen más numerosos é importantes datos. Como se ha indicado ya ántes, la membrana procede desde su primer momento, de la consolidación de una materia distinta de la que constituye en más considerable proporción al protoplasma, y tiene, por lo tanto, mayor independencia de este: su evolución se encuentra del mismo modo más determinada.

Estudiemos primero la diferenciación en la segunda, para añadir luego algunas palabras sobre la de la primera.

Repetiremos que en su primer estado la membrana vegetal se halla formada por celulosa pura. La celulosa es una sustancia de cuya masa pueden obtenerse mediante ciertas operaciones analíticas (1) el carbono, el hidrógeno y el oxígeno: la fórmula por la que se la representa en Química orgánica es $C_{12} H_{20} O_{10}$ (2). Sus principales y más características propiedades consisten en su aspecto de un cuerpo amorfo gelatinoso, cuando recién precipitada de sus disoluciones por los ácidos; en su color blanco; en su solubilidad sin cambio de composición en el hidrato cúprico amoniacal. La celulosa es una materia de la serie de la dextrina, y parece proceder, por lo tanto, de una transformación de aquella, ó en último término, de las modificaciones experimentadas por la fécula.

Recordemos aquí, como coincidencia curiosa, que según la ley de Hofmeister, que se ha citado ántes, los granos de almidón no se forman, que hasta hoy se sepa, en las masas desnudas; y esto parecería indicar que las primeras porciones que se engendran de esta sustancia se emplean en producir celulosa y constituir la membrana; apareciendo sólo como depósito cuando ya no pueden llenar tal objeto.

* Véase el número anterior, pág. 215.

(1) Los fenómenos de la doble refracción se presentan también, como fué demostrado por Brücke, en las fibras musculares; pero acerca de esto no puede admitirse que sean debidos á las membranas de los mismos.

(1) Acerca de lo que representan los denominados componentes de un cuerpo, pueden verse *Los principios fundamentales de la Química*, de Mr. Edmundo J. de Mills.

(2) *Manual de Química general y descriptiva* de Ph. Swarts.

La permanencia de la membrana en este estado de homogeneidad no es de larga duracion.

Acudiendo primero á las reacciones microquímicas y comparando membranas de diversas edades, se advierten desde luego entre unas y otras profundas diferencias que pueden ó no estar acompañadas por otras en el aspecto exterior y propiedades ópticas antedichas.

Las membranas jóvenes no son teñidas por tintura alcohólica de yodo que se haya preparado recientemente.

Cuando aquellas envolturas van envejeciendo, ó cuando dicha tintura tiene ya algun tiempo y se ha encontrado expuesta durante mayores ó menores períodos á la accion de la luz, toman las membranas unos matices más ó ménos azulados bajo la influencia del reactivo; matices que dependen á la vez de la naturaleza de las primeras y de la cantidad en que se ha empleado el segundo.

De esto deduciremos ya como primera consecuencia que, ó bien en las túnicas de célula, ó bien en la antecitada tintura, pueden desarrollarse elementos más activos que aportan para la realizacion de aquel hecho algunas condiciones que ántes faltaban allí por completo.

¿Cuáles podrán ser estas?

Tomemos una membrana de reciente formacion; tratémosla por una tintura alcohólica ó acuosa de yodo acabada de preparar; añadámosles á ambas una cierta porcion de ácido yodídrico, de yoduros de potasio, de amoniaco, de zinc, ó de los ácidos sulfúrico, fosfórico, y aún nítrico, y notaremos inmediatamente que da principio una reaccion, observando que la primera cambia sus matices por los de un azul de mayor ó menor intensidad.

Empleemos, como ya hemos dicho ántes, tinturas antiguas, y contemplaremos idénticos efectos; pero sometámoslas á un análisis delicado, y veremos que en ellas se han formado, mediante la influencia de la luz, diversas cantidades de ácido yodídrico.

Examinense por el mismo procedimiento envolturas celulares, ya algo alejadas del momento de su primera aparicion, y se teñirán tambien por el mismo reactivo. ¿Habrá tomado asiento en ellas idéntica sustancia?

Notemos que sus coloraciones no son siempre las mismas.

Si hay membranas que al cabo de algun tiempo se tiñen de azul bajo el influjo del yodo, hay otras muchas que cambian su color por el amarillo, por el pardo, por el rojizo, ó por el moreno segun su variada edad y condiciones, y, conforme ántes se dijo, segun la proporcion en que entra el cuerpo *alóideo*. Cabe, pues, el afirmar que la membrana ha cambiado de naturaleza; pero no que su cambio es idéntico al de la tintura alcohólica de yodo.

Hay al mismo tiempo otros hechos que marcan de igual modo el desenvolvimiento de la membrana.

Todas las membranas, es decir, aquellas que proceden de células de variadas condiciones, presentan en sus primeros momentos el mismo sistema de reacciones microscópicas: conforme las primeras son modificadas, se modifican tambien las segundas, y la masa entera de cada envoltura llega á ser afectada con cortos intervalos de tiempo por la misma alteracion que se inició en uno de sus puntos al ser tratada por un reactivo.

Más adelante no sucede ya nada de esto.

Al lado de membranas que se conservan inalterables, se hallan otras que son teñidas por estas ó las otras tintas y con muy diversas intensidades, y hasta dentro mismo de las diversas capas y cutículas de una de aquellas pueden encontrarse profundas diferencias en el modo de obrar, ofreciendo unas determinados caracteres que no poseen las otras. Así, por ejemplo, hay cutículas de membrana que resisten tenazmente al ataque por los ácidos y álcalis, al mismo tiempo que se disuelven sus compañeras, y que se tiñen con yodo de un color amarillento que no se manifiesta jamás en las últimas. Desde este momento, parece perderse toda semejanza, y las túnicas de estos ó aquellos elementos histológicos son, en realidad, cosas muy distintas y separadas ya de lo que eran en su comun y primitivo estado.

Mas ¿cuál es la causa de estas diferencias en el modo de obrar?

Los anteriores no son ni los únicos ni los más importantes datos que poseemos para juzgar de los cambios químicos de tales envolturas.

Apelando á otros procedimientos que vamos á exponer á continuacion, se demuestra de un modo evidente que al cabo de cierto tiempo se encuentran en la membrana porciones de naturaleza orgánica distinta íntimamente entremezcladas, y unidas de igual manera con unas materias minerales solubles en los ácidos, y con otras que resisten á la accion de estos y son al mismo tiempo infusibles.

Examinemos ciertas membranas, y veremos se encuentran constituidas por distintas cutículas, algunas de las cuales resisten tenazmente á los agentes químicos.

Sometamos otras distintas á la maceracion en líquidos ácidos, y notaremos que su espesor disminuye, pero que la forma se conserva semejante.

Quememos unas terceras sobre un cuchillo de platino, y practicando la operacion con cierto cuidado, aparecerán ante nuestra vista verdaderos esqueletos de ceniza.

Todo ello nos demuestra que en aquellas porciones vegetales hay un gran número de principios

diversos que les dan una complicadísima composición, y que estos principios se encuentran tan íntimamente mezclados, que, aunque bajo menor densidad, reproducen cada uno de un modo independiente la forma de la membrana si sus partículas quedan en las posiciones que tienen en el momento en que se retiran de su lado las de los otros.

Estudiemos con más detenimiento los fenómenos cuya existencia acabamos de indicar.

Se advierte ya en un primer exámen, siquiera sea este superficial, que la membrana de cada célula va adquiriendo diversos aspectos, que se refieren, si se nos permite la frase, á la naturaleza de la sustancia constituyente en independencia de la forma más exterior que ésta afecta. Aun prescindiendo de que la envoltura exterior de la célula puede presentar crestas, espinas, puntuaciones areolares, y otras diversas apariencias de que nos hemos ocupado ántes al tratar de la diferenciación física, debe notarse que aquella porción, en un principio tan tenue y elástica, pierde luego estas propiedades pasando por diversas consistencias de creciente dureza, y llega á poseer esta en tan alto grado como se observa en las células de la madera.

Además, no termina en lo anterior el desenvolvimiento activo y desplegamiento de ella.

Si hay células que sufren la anterior serie de desarrollo, hay otras en cambio que pasan por otra de términos muy distintos. Las membranas que se llaman cuticularizadas y se distinguen por la presencia del nitrógeno y su gran resistencia á la acción de los reactivos, y aquellas cuya sustancia se convierte en mucilago son dos buenos ejemplos que comprueban lo que acabamos de decir. No hay, por lo tanto, cambio sólo para la membrana, y una serie de estados que marcan con su sucesión los diversos períodos de su vida; hay, sí, verdadero desdoblamiento, ó lo que es lo mismo, posibilidad de que la sencilla masa primera dé origen á multitud de masas de caracteres muy separados.

Acudamos á nuevos medios para detallar más esta doctrina.

Conforme acabamos de afirmar, la combustión nos suministra también algunos indicios sobre los cambios que allí van ocurriendo.

Las membranas de células jóvenes, y en general las porciones de las primeras que acaban de constituirse, arden sobre una lámina de cristal ó platino sin dejar residuo alguno; las que llevan ya algún tiempo de constituidas dejan siempre ceniza en mayor ó menor proporción, aunque sean de aquellas cuyo crecimiento no se haya terminado todavía; las que llegan al último período, es decir, las que no han de experimentar luego posteriores incrementos, abandonan una abundante proporción de materias infusibles de distinta naturaleza.

Analizadas éstas, se observa que preponderan en ellas las combinaciones de calcio, y especialmente el carbonato de calcio si la célula procede del interior; y se ofrece en mayor cantidad el silicio cuando son epidérmicos los elementos histológicos sometidos á nuestro exámen.

Dichos materiales no pueden ser separados, en general, por la maceración en ninguna clase de líquidos.

El ácido acético disuelve casi siempre diversas sustancias cristalinas que pueden hallarse contenidas en las túnicas celulares; pero aún después de prolongarse durante varios días su acción sobre una membrana cualquiera, esta dejará al ser quemada uno de los susodichos esqueletos minerales, casi del mismo modo que si aquella operación no hubiera tenido lugar.

Debe tenerse, sin embargo, en cuenta que hay materias que suprimen determinados elementos.

El ácido fluorídrico, por ejemplo, y la lejía de potasa atacan á las combinaciones del silicio; y el ácido nítrico y clorato potásico obran de la misma manera en presencia de las de sodio, potasio y calcio. Si estos distintos agentes van siendo colocados sucesivamente en contacto con algunas membranas vegetales de adelantada formación, la densidad de aquellas disminuye, es decir, se notan en ellas todos los indicios de la pérdida de materia, adquiriéndose al mismo tiempo la seguridad de que el silicio, el sodio, el potasio y el calcio no eran completamente extraños á su composición.

Hé aquí algunos de los principales elementos que vienen á desempeñar un papel en el desarrollo de las envolturas celulares.

De todos modos, se observa siempre que en tales casos basta suprimir los indicados materiales para que quede libre la celulosa.

Aquí parece, por lo tanto, cumplirse la misma ley que se cumple en la constitución y desenvolvimiento de las masas protoplásmicas. En la membrana aparecen, en efecto, dos tipos distintos de sustancias. 1.º Unas que están representadas sólo, al parecer, por la celulosa, y que semejan ser como los cuerpos fundamentales y primeros. 2.º Otras que se ofrecen como creadas por la diferenciación de la primera, y como verdaderos productos derivados, cuya diversidad aumenta á cada instante, no pareciendo hallarse su número subordinado á límite alguno.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI,

Profesor del Instituto de Ciudad-Real.

(Concluirá.)